



Sharon Kendrick

Una decisión arriesgada

UNA DECISIÓN ARRIESGADA

Desde el principio había habido una pasión incontenible entre Sophie y don Luis de la Cámara, pero ella debía regresar a Inglaterra... Sin embargo Luis fue en su busca para pedirle que volviera con él a España... para ser la niñera de su hijo... y su amante...

Lo cierto era que aquello no era exactamente la declaración de amor que Sophie habría esperado. ¿Debía abandonarlo todo para estar con el misterioso hombre que había abandonado la esperanza de volver a amar? Sophie se dio cuenta de que quería al pequeño y, si había la menor posibilidad de conseguir que Luis acabara amándola, entonces la respuesta era... ¡sí!

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

UNA DECISIÓN ARRIESGADA, No 1416 — 18.6.03
Título original: Mistress of La Rioja

Capítulo 1

El teléfono sonó en un mal momento. Sophie, saturada de trabajo, lanzó una exclamación de impaciencia. Todavía le quedaba mucho por hacer, aunque había madrugado para ir al despacho.

Normalmente trabajaba desde las ocho hasta acabar lo que estuviese haciendo, sin importarle la hora, pero, por una vez, quería marcharse pronto y arreglarse con tranquilidad para una cita. Una cita excitante con Oliver Duncan, el dueño de la agencia de publicidad rival, Duncan's. ¡ Duncan era uno de los solteros de oro de Londres y todas sus amigas le envidiaban a Sophie su suerte!

Apretó la clavija.

—¿No te dije que no quería que me interrumpiesen, Narell? —dijo bromeando, porque sabía perfectamente que Narell era la mejor asistente del mundo y, si la interrumpía, sería por algo importante.

—Lo siento, pero quien llama no ha aceptado un «no» por respuesta. Ha insistido mucho —dijo Narell preocupada.

—Conque ha insistido, ¿eh? —repitió pensativa Sophie, haciendo una mueca—. ¿Quién es?

—Es... es... —tartamudeó Narell y se aclaró la garganta—, es Don Luis de la Cámara.

Luis. ¡Luis! ¡La sola mención de su nombre le causó a Sophie un sudor frío! Sintió excitación. Una excitación que le hizo un nudo en el estómago.

¿Qué tenía Luis de la Cámara? Ya sabía la clase de hombre que era: frívolo y sexy. Y además, tenía dueña. Y, sin embargo, Sophie, tan calmada y racional, que tendría que estar excitada al pensar en su cita con Oliver, miró el teléfono con el corazón desbocado. Oliver había pasado a un total segundo plano, reemplazado por la oscura presencia del hombre más formidable que había conocido en su vida.

Intentó recobrar la compostura y se preguntó por qué el arrogante español la llamaba allí, al trabajo, de forma tan insistente. Lamentando el día en que su prima se había casado con él, Sophie dio una cabezadita reticente.

—De acuerdo, Narell, pásamelo.

—Bien.

Después de una pausa, Sophie oyó la voz inconfundible de Luis de la Cámara, profunda y sensual. A pesar de sus propósitos, sintió nuevamente la excitación, que le cubrió de rubor las pálidas mejillas. «Está casado», se recordó, «y está casado con tu prima. Es un hombre al que desprecias, ¿recuerdas?» .

Se había propuesto sentir animadversión por él. Era mucho mejor odiar a un hombre que reconocer que la excitaba de una forma no solo turbadora, sino también inapropiada. ¿Cómo se podía sentir otra cosa que no fuese odio por él, que era capaz de mirar a una mujer con los ojos llenos de ardiente deseo a unos días de su boda con la prima de Sophie?

—¿So...phie?

La forma en que él decía su nombre, con un ligero acento español, le produjo a Sophie un estremecimiento. Nadie más lo decía de aquella manera. Quitó la función de manos libres del aparato y tomó el auricular.

—Sí, soy yo —respondió con tono profesional—. ¡Qué sorpresa, Luis!

—Sí —dijo él de una forma extraña, dura.

Su voz le produjo a Sophie una repentina premonición que la recorrió como un escalofrío.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, con la voz aguda por el miedo —. ¿Por qué me llamas al trabajo?

Se hizo un instante de silencio que intensificó su presentimiento, porque Sophie nunca había oído a Luis titubear. La indecisión no era una de sus características. A algunos hombres nunca les faltaban las palabras y de la Cámara era uno de ellos.

—¿Estás sentada? —dijo él finalmente.

—¡Sí¡ !Luis, por el amor de Dios, dímelo!

En otro mundo, en otro país, Luis se estremeció. No había una forma fácil de decirlo, nada que pudiese amortiguar el golpe de las dolorosas palabras.

—Es Miranda —comenzó lentamente—. Lamento tener que decirte que ha habido un accidente terrible. Tu prima... ha muerto. Murió en un accidente de coche.

—¡No! —el grito brotó de la garganta de Sophie como el lamento de un animal herido.

—Es verdad —dijo él.

—¿Ha muerto? ¿Miranda está muerta? —preguntó ella, dándole la oportunidad para que lo negase e hiciese desaparecer aquella pesadilla.

—Sí. Lo siento, Sophie. Lo siento muchísimo.

¿Muerta? ¿Miranda muerta? Sus palabras hicieron mella finalmente.

—¡No puede ser! —gimió. ¿Cómo podía una hermosa mujer de veinticinco años dejar de existir?—. Di que no es verdad, Luis.

—¿No crees que lo haría si pudiese? —dijo él, y su voz pareció casi tierna mientras proseguía relatando el desgraciado incidente—. Ha muerto en un accidente de coche hoy mismo.

—No —dijo ella estremeciéndose. Cerró los ojos. De repente, una posibilidad todavía más horrible le hizo abrirlos de golpe.

—¿Y Teodoro? —exclamó, con el corazón oprimido de temor al pensar en su adorable sobrino—.No estaba con ella, ¿verdad?

—¿De madrugada? —le preguntó, con voz seria—. No, Sophie, no estaba con ella. Mi hijo estaba seguro en su cama, durmiendo.

—¡Oh, gracias a Dios! —dijo ella, mientras la recorría una oleada de alivio.

Pero cuando acabó de comprender la frase, se quedó perpleja. Si Teodoro estaba a salvo en su cama, ¿qué hacía Miranda en un coche de madrugada? ¿Y cómo era que Luis estaba ileso?

—¿Estás herido, Luis? —le preguntó, titubeante.

En la gran finca, las facciones de Luis se endurecieron.

—Yo no estaba en el coche —dijo ásperamente.

Su respuesta confundió aún más a Sophie. ¿Por qué no? ¿Por qué viajaba Miranda en coche sin su familia? Pero aquel no era momento de preguntar el porqué, el cómo y el dónde. A pesar de los altibajos de un matrimonio que Sophie sabía que no funcionaba demasiado bien, la esposa de Luis, la mujer de su hijo, acababa de morir trágicamente en la flor de la vida y su mundo había sufrido un terrible revés.

Los sentimientos de Sophie no contaban en un momento como aquel. Él se merecía sus condolencias en vez de su hostilidad.

—Lo... lo siento mucho —dijo, tensa.

—Gracias —replicó él con voz inexpresiva—. Te he llamado para avisarte yo mismo y preguntarte si quieres que me ponga en

contacto con tu abuela...

Sus palabras le recordaron la dura tarea que se le avecinaba: decírselo a su abuela, que ya era mayor y frágil. Gracias a Dios que no tendría que informar a los padres de Miranda, ya que, después de una vida de viajes y aventuras, ellos habían muerto al estrellarse su avioneta cuando su hija tenía diecisiete años. Desde entonces. Miranda había vivido cada día como si fuese el último de su vida.

—No —dijo Sophie, tragándose las lágrimas—. Se lo diré yo misma, en persona. Será más fácil de esa forma —se le hizo un nudo en la garganta—. Menos doloroso, proviniendo de mí.

También intentaría ponerse en contacto con sus padres, que se encontraban de vacaciones en un crucero.

—¿Estás segura? —le preguntó él.

—Sí.

—Le resultará... duro —dijo, con una dulzura inusual en él—. Está muy mayor.

—Es muy considerado de tu parte —dijo ella, intentando no dejarse seducir por aquella voz. Era vital que se mantuviese impasible ante Luis de la Cámara, por el bien de los dos.

—Por supuesto. Es mi familia, Sophie, ¿qué esperabas?

¿Qué era lo que esperaba, en realidad? No lo sabía.

No esperaba, por ejemplo, que su querida Miranda muriese de aquella manera tan tonta, ni que su sobrino creciese sin madre, lejos de la tierra que la había visto nacer.

Teo. Pensar en él hizo que Sophie volviese a la tierra.

—¿Cuándo es el funeral?

—El lunes.

Quedaban tres días.

—Allí estaré. Tomaré un vuelo el domingo.

Para su propio horror, a Luis lo asaltó una sensación de triunfo y el ansia imposible de verla pronto. Maldijo al cuerpo que lo traicionaba de aquella forma.

—Ponte en contacto con mi casa o el despacho para decirme el número de vuelo —dijo, tenso—. Tendrás que volar a Madrid y luego tomar una conexión a Pamplona. Enviaré un coche a recogerte al aeropuerto. ¿De acuerdo?

—Gracias —dijo ella, pensando que pasase lo que pasase Luis de la Cámara siempre sería quien organizase todo.

—Adiós, Sophie —le dijo él en español.

Sophie colgó con mano temblorosa y el ruido del teléfono hizo que reaccionara por fin. Se quedó mirando la pared sin verla mientras pensaba con incredulidad en Minerva.

Su desgraciada prima había muerto sola en un país extraño. La pobre y dulce Miranda, la envidia de muchas mujeres por el mero hecho de casarse con el hombre que todas codiciaban. Un hombre con quien había tenido un hijo, cuyo dinero había disfrutado, pero cuyo corazón había permanecido inaccesible.

Además, un hombre cuyos ojos negros brillaban de tal modo que Sophie no se lo imaginaba siendo fiel ni siquiera durante el primer año de matrimonio. Por cariño a Miranda, ella misma había rechazado la invitación que se leía en ellos, pero dudaba que cualquier otra mujer hubiese sido tan escrupulosa en lo que se refería a Luis.

Recordó cuando casi se había tropezado con él frente al delicatessen cerca de su casa. Él se había quedado petrificado, la había mirado intensamente, como si la conociese de otra parte, como si no pudiese dar crédito a sus ojos.

Y el sentimiento había sido mutuo. Por un instante, su corazón le había dado un vuelco de loca e inesperada alegría, de inconfundible deseo que pronto habría de convertirse en anhelo. El tipo de cosa que supuestamente no le sucedía a sensatas chicas de ciudad que tenían la cabeza bien colocada sobre los hombros.

¿Era posible enamorarse en una fracción de segundo? Nunca la habían mirado con tan descarado y arrogante interés. «Me desea», había pensado ella, sintiendo el calor de su propio deseo. «Y yo también».

Se había preguntado entonces si sería capaz de resistirse si él la tocaba, a la vez que se preguntaba si habría perdido la cabeza. Y luego Miranda había salido de la tienda con una botella de champán y se había quedado boquiabierta.

—¡Sophie, Dios Santo! —exclamó, levantando la mirada hacia él sin darse cuenta de lo que sucedía—. ¡Qué coincidencia! Íbamos a tu casa, ¿no es cierto, cariño?

¿Cariño?

De repente, con un sobresalto, Sophie se dio cuenta de que Miranda tomaba a Luis del brazo posesivamente. Y el champán…

—¿Estáis… celebrando algo? —preguntó con una opresión en el pecho al darse cuenta de lo que estarían celebrando.

—¡Desde luego que sí! Sophie, deja que te presente a Luis de la Cámara —anunció Miranda con orgullo, y luego sonrió, mirando el rostro oscuro e inescrutable—. Luis, esta es mi prima, Sophie Milis.

—¿Tu prima? —se sorprendió él; inmediatamente le cambió la expresión del rostro, y Sophie supo que él no volvería a mirarla de aquella forma. Al ser prima de su futura esposa, no podía tontear con ella. Pero un hombre que echaba aquellas miradas días antes de su boda seguro que tontearía con alguien más. Sophie se dio cuenta de ello con cegadora claridad y lo odió por ello.

—Pues, en realidad, como pasábamos las vacaciones juntas, somos como hermanas —Miranda esbozó su contagiosa sonrisa—. Sophie, ¡nos casamos! ¿No es maravilloso? ¡Luis me ha pedido en matrimonio!

Sophie se estremeció al recordar la oleada de celos que había sentido. ¡Celosa de su propia prima! Pero había esbozado una sonrisa forzada y abrazado a Miranda. Le dio la mano a Luis, sin poder evitar sentir el cálido cosquilleo cuando tomó contacto con su piel. Y él se había inclinado y llevado sus dedos hasta sus labios, un saludo anticuado, como buen aristócrata que era.

Habían ido a su apartamento y brindado con champán, pero mientras que Miranda no cabía en sí de felicidad, el español se había quedado silencioso y eligió sus palabras con cuidado. Todo el tiempo, al verlo ahí, en su piso, Sophie se tuvo que recordar que él le pertenecía a Miranda.

Con esfuerzo, hizo a un lado los turbadores recuerdos y volvió al presente. Miró la foto de Teodoro enmarcada en plata, que tenía sobre su mesa. Y se concentró en la imagen del adorable niño en lugar de la potente sexualidad de su padre. Al menos, el rostro de Teo todavía tenía la ternura de la inocencia y no se percibía en él la indomable naturaleza que definía a Luis.

Se preguntó qué le sucedería a Teodoro, si el recuerdo de su madre se borraría con el tiempo hasta olvidarlo. Se mordió el labio. ¿Qué posibilidades tendría de saber cosas de su madre y de la tierra de donde esta procedía?

Y, de repente, un sentimiento de obligación le amortiguó un poco el dolor. «Luis no nos lo quitará del todo», se prometió. «¡Lucharé

para conocerlo como si fuese mío». Con dedos trémulos, se conectó por el intercomunicador con Narell para que le reservase el vuelo a España. Luego, se lavó la cara, se pasó un peine y llamó a Liam Hollingsworth a su oficina. Al verla, Liam se alarmó.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. ¿Te encuentras bien?

—No, la verdad es que no —dijo ella, con la voz todavía temblorosa—. Se trata de mi prima. Miranda. Ha... ha muerto en un accidente. Tengo...tengo que ir a decírselo a mi abuela...

—¡Oh, Dios Santo!

—Y lúe... luego tomaré el avión a España para el funeral.

—Oh, cariño, ¡cuánto lo siento! —exclamó su amigo, rodeando la mesa en un segundo para tomarla en sus brazos.

—¡Oh, Liam! —sollozó ella.

—Venga, tranquila, cariño —la calmó él con dulzura.

Ella lloró unos instantes, pero luego se separó de él y se alejó hasta la ventana para ver por ella un mundo que ya no era el mismo.

—Me cuesta creerlo —dijo, con voz monótona.

—¿Qué sucedió? —preguntó él.

—En realidad, sé poco. Solo que hubo un accidente. Me tomó tan de sorpresa que no se me ocurrió preguntar los detalles, supongo.

—¿Cómo te has enterado?

—Su esposo, Luis, me llamó desde España para decírmelo.

—¿El millonario al que no puedes soportar?

—El mismo —dijo ella, tensa, pensando en que no era solamente que no lo podía soportar, era mucho más complicado que todo eso.

—¿Cuándo es el funeral?

—El lunes. Viajaré el domingo —suspiró—. Oh, Liam, no sé si podré soportarlo.

—Pues será difícil —asintió él, comprensivo—; pero, al menos, después no tendrás por qué volverle a ver la cara.

—Ojalá fuese tan fácil —dijo Sophie, negando con la cabeza—. No olvides que es el padre de mi sobrino. Siento que por la memoria de Miranda y por Teodoro también... —las palabras le salieron de un sitio desconocido situado en las profundidades de su ser— es mi obligación luchar por él.

—¿Luchar por él? —le preguntó Liam incrédulo—. ¿Qué pretendes, pedir su custodia? Si es tan poderoso y rico como dices que es, no tienes ni la más remota posibilidad, Sophie. Y además, es

el padre.

—No sé lo que quiero decir —dijo Sophie, frotándose las sienes, cansada—. Lo único que sé es que tengo que ir allá para que Teo sepa que tiene parientes que lo. quieren.

—¿Y después del entierro? ¿Volverás enseguida?

—No lo sé —dijo ella, mirándolo a los ojos—. No puedo asegurarte nada. Pero podré seguir trabajando desde allá... tengo mi ordenador portátil y tú podrás arreglártelas sin mí un tiempo, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —dijo él—. Te echaremos de menos, eso es todo.

Se habían conocido en la universidad y montado la agencia de publicidad juntos. Una combinación de entusiasmo y buen ojo para elegir colaboradores inteligentes y motivados los había llevado al éxito. Pero... ¿qué importaba todo aquello en un momento como ese?

Como se sentía demasiado alterada para conducir, tomó el tren hasta Norfolk. Con el corazón destrozado pensando en su abuela, se bajó del tren y se dirigió a la casita de campo donde Miranda y ella siempre habían pasado parte de las vacaciones de verano. Habían caminado durante millas por las amplias y vacías playas cercanas, trepado a los árboles y dado de comer trozos de pan a los patos del estanque.

Sophie había visto cómo la belleza de Miranda había ido en aumento, hasta hacerse fascinante. Y había comprobado el efecto que aquella belleza tenía sobre los hombres...

Llamó a la puerta rezando para encontrar las palabras adecuadas y decirle a su abuela lo que había sucedido, sabiendo que no había forma de evitar hacerle daño.

Pero Felicity Milis tenía casi ochenta años y había pocas cosas de la vida que se le escapasen. Le bastó una mirada al rostro de Sophie para darse cuenta.

—Malas noticias —dijo, con voz inexpresiva.

—Sí. Es Miranda...

—Ha muerto —dijo su abuela, con el mismo tono de voz.

—¿Cómo lo has sabido, abuela?

—No sé cómo explicártelo —suspiró su abuela—. Con verte la cara, lo supe enseguida. En cierto modo, era inevitable. Miranda

siempre voló demasiado cerca del sol. Estaba escrito que un día se quemaría las alas.

—¿Cómo puedes aceptarlo así como así?

—¿Por qué no? He pasado una guerra, querida. Tienes que aprender a aceptar lo que no puedes cambiar.

—Puedo... Sophie le apretó la mano apergaminada—. ¿Puedo hacer algo por ti, abuela?

Se hizo un largo silencio y luego la señora Milis la miró fijamente.

—Hay una cosa... pero quizá no sea posible. Estoy demasiado vieja y débil como para ir a España al entierro... Pero me gustaría ver a Teodoro una vez más antes de morir.

Sophie tragó el nudo que se le había hecho en la garganta. No era demasiado pedir, incluso a Luis, dadas las circunstancias.

—Entonces, te lo traeré —prometió, trémula—. Te lo prometo.

El avión de Sophie hizo tierra en Pamplona y ella se apresuró a salir, buscando con la vista a alguien portando un cartel con su nombre. Solo le llevó un segundo reconocer la alta y característica figura esperándola.

Era el más alto de todos los hombres que había y su rostro, con los duros y brillantes ojos negros y las facciones inescrutables, atraía las miradas de las mujeres como un imán. No, no había cambiado en absoluto; se dio cuenta cuando el corazón le dio un vuelco.

Se encontraba en una multitud, y, sin embargo, se encontraba solo.

Parecía que don Luis de la Cámara había ido a buscarla en persona.

Capítulo 2

Luis vio a Sophie atravesar la sala de llegadas del aeropuerto y observó con expresión seria que, aunque ella permanecía ajena a ello, varias cabezas se dieron la vuelta a mirarla. La blancura de su piel y su tipo de cabello les resultaban atractivos a la mayoría de los españoles, aunque la joven no fuese tan provocativa como lo había sido su prima.

El pulso se le aceleró a medida que ella se le acercaba con el ligero vestido de algodón marcándole las esbeltas piernas de delicados tobillos. Recordó la primera vez que la había visto, cómo lo habían fascinado su belleza y gracia naturales y su inconsciente sexualidad. Ella le había despertado un deseo inmediato y él había sentido desprecio por su ardiente pasión, un ansia que nunca sería satisfecha.

De repente, ella llegó hasta él, con su cabello color de miel y su piel traslúcida. Delgada y flexible como un sauce, tenía una mirada de decisión brillándole en los ojos azules. Luis sintió enfado ante aquella mirada, pero no lo demostró. Con una formal expresión de cortesía en el rostro, inclinó levemente la cabeza. A otra mujer le habría dado los tradicionales dos besos en las mejillas, pero a ella no. Había deseado besarla la primera vez que la vio, pero, para ese entonces, era demasiado tarde. Y ahora lo era más aún.

—Sophie —dijo, inclinando ligeramente la oscura cabeza—. Espero que hayas tenido un buen vuelo.

Era tan alto que Sophie tuvo que levantar la mirada hacia él. Se dio cuenta con una opresión en el pecho que sentía su arrebatadora virilidad tan intacta como el primer día, a pesar de que, por su forma de dirigirse a ella, se diría que él hablara del tiempo. Desde luego que no daba la impresión de estar afectado por su reciente viudez. Sophie se preguntó por primera vez si la tragedia no habría sido un final apropiado para un matrimonio infeliz. Con un esfuerzo, también ella logró mantener el rostro impasible.

—Bastante bueno, gracias —dijo, aunque en realidad las horas se le habían pasado en una nebulosa mientras intentaba reunir fuerzas para comportarse de una forma cortés e indiferente cuando lo viese.

Se preguntó qué sentiría él. No parecía demasiado afligido. No tenía los ojos enrojecidos, ni se apreciaban en su cara rastro alguno de lágrimas vertidas por la madre de su hijo. Pero ¿quién se podía imaginar a un hombre como Luis llorando? Seguía igual de remoto e inaccesible, aunque, como siempre, increíblemente atractivo.

Medía más de un metro ochenta y tenía hombros anchos y fuertes. Llevaba las poderosas piernas enfundadas en ligeros pantalones de verano y la camisa de manga corta dejaba ver sus musculosos brazos. Pero lo más atractivo de su persona era su rostro. Llevaba con naturalidad el sello de generaciones de aristocracia española. Orgulloso, casi cruel, solo la sensual boca rompía la dureza de sus facciones. Su boca era lo único que delataba su magnética sensualidad, que lo envolvía en su manto invisible. No era de extrañar que su prima se hubiese enamorado de él, pensó Sophie, y la asaltó una súbita pena que la dejó trémula y sin fuerzas.

Luis vio las repentinas lágrimas que nublaron el azul de los ojos femeninos. Todo el fuego y la decisión habían desaparecido de ellos. Solo el ligero y vulnerable temblor de los labios de Sophie delató su tristeza. Luis le tomó la mano, menuda y fría.

—Te acompaño en el sentimiento, pequeña —le dijo con seriedad.

Ella levantó la barbilla y se tragó las lágrimas. Se soltó de su mano a pesar de que la química que existía entre ellos le producía deseos de dejarla exactamente donde estaba.

—Gracias —respondió con voz ahogada, bajando los ojos para que él no pudiese leer en ellos lo que pensaba.

Luis vio su cabeza inclinada y la postura tensa de sus hombros. A pesar del brillo desafiante, casi enfadado de sus ojos, no debía olvidar que ella sufría por la pérdida de su prima.

—Vamos, Sophie —dijo—. El coche nos espera y todavía queda un poco de camino por hacer. Permíteme que te lleve la maleta.

Lo dijo más como una orden que como una oferta de ayuda y, aunque Sophie podría tranquilamente haber llevado su maleta, sabía que era inútil intentar decirle que no. Luis provenía de una larga saga de hombres imperiosos, hombres que veían una clara demarcación entre los sexos.

Por más que España estuviese ya tan moderna como el resto de Europa, los hombres como Luis no cambiaban de la noche a la

mañana; se seguían considerando conquistadores.

Sophie vio cómo las mujeres lo miraban al pasar y se preguntó si él les devolvería las miradas con el mismo deseo que se veía reflejado en los ojos femeninos. Probablemente. ¿Acaso no lo había hecho con ella antes de descubrir quién era?

Y, por supuesto ahora, sin esposa, podría comportarse exactamente como le apeteciera, podía poner en acción su poderosa sexualidad y conseguir llevarse a la cama a quien quisiese.

En cuanto salieron del edificio del aeropuerto, el calor del exterior los golpeó como un puño de terciopelo, a pesar de que hacía rato que había pasado la intensidad del sol del mediodía.

—¿Por qué no te quitas la chaqueta? —le dijo él, pensando que no debía olvidarse de advertirle de los peligros del sol.

—Estoy bien —dijo ella, tensa.

—Como te parezca —dijo él.

Afortunadamente, el coche tenía aire acondicionado, al igual que la terminal del aeropuerto.

—¿Dónde está Teodoro? —le preguntó ella cuando salieron del aparcamiento y se encontraron por fin en la autopista.'

—En casa. No era plan traerlo al aeropuerto con este calor. El avión podría haberse retrasado.

—¿Y quién lo cuida?

A Luis le pareció notar un tono de crítica en la pregunta. ¿Qué se creía? ¿Que había dejado al niño solo?

—Está a cargo de su niñera —dijo, para preguntar a su vez—: ¿Cómo se lo ha tomado tu abuela?

Sophie se mordió los labios. ¿Le parecería a él una falta de cariño que ella dijese que, aunque la noticias había apenado a su abuela, no la había sorprendido? ¿Qué había dicho? Que Miranda había volado demasiado cerca del sol...

—¿Qué pasó, Luis? ¿Cómo falleció Miranda? —preguntó, sin decir lo que pensaba.

El tomó aliento y eligió las palabras con cuidado para no herirla. ¿Querría ella saber toda la verdad? ¿Era necesario que así fuese?

—Nadie sabe exactamente lo que sucedió —le dijo.

—Me estás ocultando algo —replicó ella, que se dio cuenta de la evasiva.

Luis no respondió y siguió con la mirada fija en la carretera, de

modo que lo único que ella pudo ver fue su perfil en sombras.

—¿El conductor estaba bebido? —dijo ella, porque fue lo primero que se le pasó por la cabeza.

Se hizo un silencio. No tenía sentido ocultárselo. Pronto sería de dominio público.

—Sí, había estado bebiendo —dijo en español, porque había estado pensando en su lengua y se le escaparon las palabras.

Sophie casi no hablaba español, pero comprendió la respuesta por su tono.

—¡Dios Santo! —dijo con rabia.

Por una vez, su rabia no se dirigió al hombre a su lado, sino a Miranda. Su prima tenía un hijo, por el amor de Dios, con todas las responsabilidades que ello conllevaba. ¿Cómo se le había ocurrido subirse a un coche con un conductor borracho? No tenia ninguna justificación. Por más que su matrimonio no fuese bien, siempre podía haberse divorciado.

Lanzó una mirada al perfil masculino por el rabillo del ojo. ¿Y si no había sido así? ¿Y si Miranda hubiese intentado marcharse con Teodoro? ¿No habría utilizado Luis toda su influencia para evitarlo? Volvió a girar la cabeza y apoyó la mejilla contra la frescura del cristal, casi sin ver la belleza del paisaje.

El aire estaba de una oscuridad violeta y enormes estrellas tachonaban de plata el cielo. Parecían mucho más grandes y brillantes que las estrellas de Inglaterra. De repente, le pareció que su casa se encontraba a miles de kilómetros de distancia y recordó que ella también tenía responsabilidades.

Haciendo un enorme esfuerzo de voluntad, metió la mano en el maletín para sacar el teléfono móvil.

—¿Crees que funcionará aquí? —le preguntó a Luis.

—Depende del tipo que sea —dijo él. Se encogió de hombros—. Pero, si no tiene señal, puedes usar otro que tengo yo.

—¿Tienes móvil aquí, en el coche?

—¿Qué crees, que aquí nos comunicamos por señales de humo? —dijo él con una sonrisa mordaz—. Encontrarás todas las comodidades aunque estemos en La Rioja —se estiró y, alargando la mano por encima de las rodillas de ella, abrió la guantera y sacó de ella un teléfono móvil—.Toma. ¿No puede esperar tu llamada hasta que lleguemos a la finca? —le preguntó mientras ella marcaba una

serie de números.

—Tengo que avisar que he llegado bien.

—¿A un hombre, supongo?

—Pues, si quieres saberlo, sí, es un hombre.

No era de su incumbencia, pero seguro que él sacaría sus propias conclusiones. Si se trataba de un hombre, ¡ seguro que pensaría que dormía con él!

A su lado, Luis se preguntó si ella tendría la misma libertad sexual que su prima. En la oscuridad, su mirada se dirigió a las piernas femeninas y lo tomaron por sorpresa los súbitos celos que lo asaltaron al imaginárselas rodeando el cuerpo de otro hombre. ¿Sería del tipo de mujer que se comportaba tal como los hombres llevaban haciéndolo durante siglos? ¿De las que veían algo que deseaban e iba a por ello?

Y ella lo había deseado antes de darse cuenta de que él estaba a punto de casarse con su prima; de la misma forma que él la había deseado a ella. Un rayo que lo había dado de lleno, dejándolo aturdido y anhelante. A ella también le había sucedido lo mismo, él se había dado cuenta de ello, estaba seguro.

Escuchó sin empacho su conversación telefónica mientras el coche devoraba los solitarios kilómetros.

—No, estoy en el coche ahora. Con Luis —se hizo una pausa—. No, en realidad, no —Sophie hizo otra pausa y miró el reloj—. Son las nueve pasadas. No, está bien. Sí, lo sé, pero no puedo hablar ahora. Sí. De acuerdo. Gracias, Liam. Espero que sí. De acuerdo. Quedamos en eso, entonces. Te llamaré el sábado.

Cortó y volvió a dejar el teléfono en la guantera.

—Gracias —dijo rígidamente.

Se hizo una tensa pausa.

—¿Ya te echa en falta? —le preguntó él, mordaz.

Sophie se quedó boquiabierta. ¿Cómo se atrevía a hacer un comentario de ese estilo?

—¿Perdón? —le preguntó cuando logró recobrar la voz.

Él esbozó una sonrisa en la oscuridad. Aunque fuese hermosa y sensual, ella podía hacer que su voz fuese de hielo cuando le convenía.

—En realidad —dijo—, Liam es mi socio.

—Ah.

El tono oscuro y erótico hizo que el monosílabo resultase amenazante.

—¿Ha… habrá alguien más en la finca?

Su trémula voz le causó gracia a Luis, a la vez que lo frustraba y tentaba. ¿No le tendría confianza a él o no se la tendría a sí misma? ¿Lo desearía aún?

—¿Te refieres a además de Teodoro? —le preguntó.

—Sabes perfectamente que sí.

—Una de las mujeres del pueblo viene a ayudar en la cocina. Pirro, que es mi cocinero y jardinero, vive en la finca con Salvadora, su mujer. Era mi niñera cuando era pequeño y ahora lo es de Teodoro.

—¿Desde que falleció Miranda?

—Oh, desde mucho antes —murmuró él—. Mi hijo la adora. Ya lo comprobarás.

La recorrió una oleada de indignación, seguida de algo mucho más primitivo. ¿Habrían intentado quitarla a Miranda de en medio? ¿Habrían substituido a la madre inglesa por una niñera española para que le enseñase el idioma y las tradiciones de su padre?

Pues eso no duraría mucho más, se prometió Sophie. De alguna forma, ella le enseñaría algo de su herencia materna. Volvió a buscar en el maletín y sacó un cepillo de pelo.

—No hay nadie a quien impresionar con tu belleza, cariño —le dijo él, sonriendo. Aparte de él, porque cuando ella levantaba la cabeza de aquella manera, le podía ver la larga y pura línea del cuello y la perfecta curva de los senos.

—Lo único que pretendía era estar presentable a mi llegada —dijo ella, que había visto luces a la distancia—, ¿Ya llegamos

—Sí. Estamos pasando por los viñedos.

Ella vio por la ventana otra vez. Los famosos viñedos La Cámara. Los más grandes e impresionantes de la región, con cepas que producían una excelente cosecha que se convertía en exquisito vino exportado a todas partes del mundo.

Una vez había bebido un rioja La Cámara en una cena muy elegante en Londres. El anfitrión lo había abierto muy ceremoniosamente y todos los invitados lo habían bebido y alabado con respeto.

Todos menos Sophie. No había logrado darle más que dos sorbos.

Había sentida que se ahogaba al recordar el rostro arrogante y los burlones ojos negros.

Luis le dirigió una mirada y vio un poco preocupado la tensión de sus hombros. Se preguntó si ella estaría a punto de llorar e, instintivamente, su voz se hizo más dulce.

—¿Has comido en el avión?

—No, la comida consistía en trozos de algo indefinido en bandejitas de plástico. Y no tenía hambre.

—Cenaremos al llegar.

—¿No es demasiado tarde para cenar?

—En España cenamos muy tarde, ¿no lo sabías, Sophie? ¿No sabías que los españoles somos los europeos que nos vamos más tarde a la cama también?

—Solo había estado en España una vez —dijo ella—. El fin de semana del bautizo de Teodoro.

—Entonces, te has perdido mucho —dijo él. Su voz se había hecho más profunda, casi amable—.Ojalá esta vez fuese por motivos más alegres. Es una pena que no veas más de mi país antes de volverte a casa.

Se hizo un silencio expectante, pero Sophie decidió no darse por aludida.

—Por cierto —insistió Luis—, no me has dicho cuánto piensas quedarte.

—No, no lo he hecho.

—¿Y?

—No estoy segura —dijo ella, agradeciendo la protección de la oscuridad. Hasta haberse ganado su confianza lo bastante como para poder llevarse a Teo a Inglaterra de visita a su abuela unos días, pero aquel no era el momento de decírselo. Aunque no debía olvidar que, como su anfitrión, se merecía su amabilidad—. Es decir, me gustaría quedarme un poco, si te parece bien. Para estar un poco con Teo.

—Los españoles somos famosos por nuestra hospitalidad, Sophie —dijo él, aunque no deseaba que aquella mujer se quedase en su casa ni un minuto más de lo necesario. La deseaba, pero nunca podría tenerla. Ni ahora, ni nunca—. Así que mi casa es tuya todo el tiempo que quieras.

Sophie asintió con la cabeza. A menos que él le hiciese imposible

la estancia, por supuesto.

—Gracias —dijo tensa

—De nada —le respondió él en español y la frase le resultó a ella íntima, sensual.

El coche se desvió por un sendero de grava y, a través de los árboles, Sophie vio las luces de la gran casa de la finca.

Le abrió la portezuela del coche y Sophie se bajó. El suave aire nocturno estaba cargado de dulce aroma a azahar Miró el imponente edificio, que parecía estar allí desde el principio de los tiempos, hermoso e histórico, y no pudo evitar apreciar su belleza a pesar de las circunstancias que la habían llevado hasta allí.

—Bienvenida a mi casa, Sophie —dijo él suavemente, con un brillo burlón en sus ojos oscuros.

Capítulo 3

El interior de la casa era espacioso y fresco. Luis acababa de dejar el equipaje y tomarle la chaqueta a Sophie cuando una mujer mayor apareció sonriente por el pasillo.

—Buenas tardes, don Luis —saludó en español.

Sophie apreció cómo el afecto suavizaba el duro rostro masculino y él se inclinaba a besar a la mujer en ambas mejillas.

—Buenas tardes. Salvadora —replicó Luis también en español, añadiendo algo que Sophie no pudo comprender. Luego, cambió a un lento inglés para decir—: Sophie, esta es Salvadora, la niñera de Teodoro. Salvadora, la señorita es la prima de la señora Miranda, Sophie Milla.

—Buenas tardes —dijo Sophie cortésmente en español, aunque lo que había pensado en el coche se vio reforzado por la apariencia de la mujer. Parecía demasiado frágil para ocuparse de un niño de poco más de un año.

Salvadora la miró con inquietud, según le pareció a Sophie. Sus viejos ojos la recorrieron con velada desconfianza. Hizo una formal inclinación de cabeza.

—Buenas noches, señorita —dijo lentamente—.Lamento mucho la repentina muerte de su prima.

Sophie se mordió el labio. Lágrimas, no. Podían esperar hasta más tarde.

—Gracias —dijo, para añadir luego con una trémula sonrisa—: Habla usted el inglés muy bien, Salvadora.

—Gracias —dijo Salvadora, asintiendo solemnemente—. Don Luis tenía un tutor inglés cuando era pequeño y yo también aprendí el idioma.

—Por supuesto, es esencial que la niñera de Teodoro comprenda el idioma de su madre —dijo una voz grave.

—¿Por qué? —preguntó Sophie, volviéndose hacia Luis.

—De lo contrario, las dos mujeres no se habrían podido comunicar, ¿no? —dijo este secamente. Al ver la genuina sorpresa en el rostro femenino, su expresión se endureció. ¿Se imaginaba que él deseaba negarle a su hijo sus orígenes ingleses? ¿Por qué lo

tomaba, por el diablo?

Sophie se preguntó nuevamente por qué Miranda habría necesitado una niñera. No había trabajado y tampoco había tenido demasiado que hacer en la casa, a juzgar por lo que le había dicho por teléfono. Recordaba lo mucho que había complacido a su prima descubrir lo rico e influyente que era Luis. Tanto, que Sophie se había preguntado si las privaciones de su infancia la estarían cegando.

—El dinero no lo es todo. De veras, no lo es. Lo importante es que seas feliz. Miranda —le había dicho.

—¡Desde luego que lo soy! —había replicado Miranda—. ¿Quién no lo sería en mi lugar, con un hombre como Luis? ¡Y es tan maravilloso tener sirvientes, Sophie, ni te lo imaginas!

Miranda siempre había luchado con uñas y dientes por lo que quería, y en aquella ocasión era Luis a quien quería. Y no se la podía culpar por ello.

—Salvadora te llevará a tu habitación, Sophie —interrumpió él sus pensamientos.

—¿Puedo... puedo ver a Teodoro primero? Por favor.

Estaba pálida y tensa. Leves ojeras que le daban aspecto de cansancio.

—Primero tienes que comer algo —dijo él, negando con la cabeza.

—Pero...

—Nada de «peros», Sophie. Si lo deseas, puedes ducharte y cambiarte antes. Y luego cenaremos.

Estuvo a punto de protestar, pero la expresión de los imperiosos ojos negros le indicó que no valdría la pena. ¡Vería a su sobrino cuando a él le pareciese bien!

—No te molestes —le dijo, porque no quería sentarse sola con él. Sentía que le resultaría imposible pasarse una comida entera hablando de naderías, y manteniendo sus pensamientos prohibidos a raya—. Puedo comer un sandwich en mi habitación.

—Sería inconcebible no ofrecerle a un invitado una comida decente después de semejante viaje —le dijo él, irritado ante su torpe negativa—. Además, mañana será un día largo y cansado. Te espero en el comedor.

¡Otra vez le daba órdenes en vez de pedírselo! Pero, si pensaba

quedarse unos días, sería mejor que se acostumbrase a comer con él, por más que la idea la inquietase y excitase a la vez.

—De acuerdo —asintió—. Me cambiaré y volveré a bajar.

—Te estaré esperando.

Sophie se sintió un poco rara mientras seguía a la mujer al piso superior y se preguntó cómo se acostumbraría uno a que le satisficieran todos sus caprichos.

Aunque ganaba un salario más que bueno, siempre se había enorgullecido de su independencia. A diferencia de la mayoría de sus amigos, no tenía a nadie que le limpiase el apartamento y no mandaba las camisas a la lavandería. Su madre siempre le había enseñado a no delegar en los demás las tareas desagradables.

Qué diferente parecía la vida allí, con jardineros y cocineros, y mujeres que cuidaban de tus niños.

Su habitación tenía los postigos cerrados y estaba fresca. La dominaba una sencilla cama de grandes dimensiones, tendida con sábanas blanquísimas. Sobre la cómoda había un jarrón con flores también blancas y un gran ventilador giraba perezosamente en el techo. Le habría gustado echarse y cerrar los ojos, pero sabía que su implacable anfitrión la estaría esperando.

—El cuarto de baño se encuentra allí —señaló Salvadora—. ¿Necesita algo más, señorita?

—¿Cómo se encuentra Teodoro? —preguntó, titubeante. La sola mención del nombre le dio un calorcillo en el corazón—. ¿Echa mucho de menos a su madre?

Salvadora no respondió inmediatamente, como si no comprendiese la pregunta.

—Por supuesto —dijo eligiendo las palabras—. Sabe que algo pasa. Llora. Pero pronto haremos que ría otra vez.

—Espero poder contribuir a que ría otra vez —dijo Sophie suavemente. Necesitaba que la mujer comprendiese que quería a su sobrino, que ese era el motivo por el que se encontraba allí. Salvadora tenía poder. Poder sobre Teodoro, por encontrarse cerca de él—. Gracias, Salvadora. Por favor, dígale a don Luis que enseguida bajo.

—Sí, señorita —respondió la mujer en español.

Sophie colgó cuidadosamente su ropa. Fue luego un alivio quitarse el traje arrugado y darse una vigorizante ducha para

quitarse la suciedad del viaje. Luego, se trenzó el pelo todavía húmedo y, desechando unos cómodos pantalones, se puso un vestido de algodón limpio. Le daba la impresión de que en la casa de los de la Cámara, la gente se vestía para cenar.

Tenía razón. Al entrar al comedor, se encontró a Luis ya sentado ante la larga y lustrosa mesa puesta para dos personas. A Sophie se le aceleró el corazón al verlo.

Él también se había cambiado. Ahora llevaba una fina camisa blanca que acentuaba su torso recio y musculoso. Los dos primeros botones sin abrochar permitían ver el brillo sedoso de la piel cetrina y el ligero vello oscuro. Cuando se puso de pie, ella vio que también se había cambiado los pantalones por unos negros que le ajustaban las estrechas caderas.

—Espero que todo haya sido de tu agrado —le dijo al ponerse de pie, tras saludarla con cortesía.

Sophie se quedó un instante en el umbral, sujetando el picaporte con dedos trémulos. Estaba sola con aquel magnífico hombre al que temía y deseaba a la vez en aquel maravilloso lugar.

—¿Te pasa algo? —le preguntó él, preocupado al verla palidecer. Temiendo que se desmayase, se acercó a ella apresuradamente.

¿Pasar algo? ¡Claro que pasaba! Lo que sentía no podía ser. No quería sentir aquello. Pensamientos oscuros e ilícitos que la envolvían y le producían fantasías prohibidas. Rezó para verse liberada de ellos. Tendría que estar pensando en Teodoro y en la memoria de Miranda en vez de en lo que su anfitrión la hacía sentir

—No, me encuentro bien —dijo, negando con la cabeza.

—Entonces, siéntate, por favor —dijo él, retirándole la silla para que se sentase antes de volver a su sitio—, porque a mí me parece que no tienes buen aspecto.

Intentando olvidar la oscura mirada, Sophie miró a su alrededor.

Sobre la largísima mesa, la plata brillaba a la luz de las velas. Ya habían servido sendos platos de sopa fría, y nunca le pareció a Sophie más apetecible un sandwich en su habitación. Ni más seguro.

—No te tendrías que haber molestado por mí.

—¿Molestado? —le preguntó él, arqueando una ceja con arrogancia—. Te aseguro que siempre es así.

Sophie supuso que lo sería. No se lo imaginaba comiendo en una bandeja frente a la tele.

—Ah, comprendo —dijo débilmente.

Luis la miró. Lo sorprendió que bajase tan pronto. Observó que ella llevaba la cara tan limpia como cuando llegó al aeropuerto, sin gota de maquillaje, y el cabello húmedo, lo cual daba una impresión de frescura y limpieza. Parecía mucho más joven de lo que era, casi inocente. Luis sonrió con ironía. Estaba acostumbrado a que las mujeres sacasen un arsenal de recursos para conquistarlo: maquillaje aplicado cuidadosamente, vestidos diseñados para lucir generosos escotes o piernas hermosas. ¡Estaba claro que Sophie Milla no intentaba impresionarlo!

Su vestido de algodón era discreto y, sin embargo, su sencillez resaltaba la curva de sus firmes pechos. Ella era una enervante combinación de sencillez y experiencia y Luis sintió una chispa de excitación. Quizá el efecto fuera deliberado, pensó. Quizá ella supiese precisamente cómo reaccionaría un hombre ante aquel aspecto inocente, con aquellos labios llenos que pedían un beso.

— Por favor —le dijo sin alterarse—, tómate la sopa.

Ella tomó una cucharada sin poder evitar que sus ojos se dirigieran a su anfitrión.

Parecía inaccesible, y no se debía a que estuviese sentado al otro extremo de la larga mesa, no. Había algo en su fría actitud distante y en la luz que le brillaba en las profundidades de los ojos.

—¿Señor? —dijo una hermosa joven española que apareció en la puerta.

—¿Quieres un poco de vino, Sophie? —preguntó él, señalando una polvorienta botella.

—Por favor —dijo ella, que necesitaba algo para relajarse.

El murmuró algo en español y la joven sirvió inmediatamente vino en la copa de cristal de Sophie, para luego rellenarle la copa a él.

—Está... delicioso —dijo Sophie después de beber un sorbo.

—Es uno de nuestros mejores vinos.

—Entonces, me siento honrada.

—Creo que tenemos que hacer un brindis y dar gracias a Dios por la vida de Miranda.

¡Aquello era demasiado! Sophie dejó la copa sobre la mesa con dedos temblorosos, preguntándose hasta qué punto podría llegar la hipocresía de un hombre. ¿No se le habría ocurrido a él que Miranda

pudiese haberle confesado que su guapísimo esposo tenía el corazón tallado en hielo?

—¿Su vida en general o su vida aquí? —le preguntó—. Porque si es lo último, no creo que este fuese un brindis demasiado alegre, ¿verdad, Luis?

—¿Fue una vida tan terrible, entonces? —le preguntó él, enfrentándose con enfado al desafiante fuego azul de los ojos femeninos.

—Ojalá Miranda nunca te hubiese conocido —dijo ella, sin bajar la mirada y sin pensar en la insensatez de sus palabras.

Luis asintió lentamente. Pero si no hubiese conocido a Miranda, no existiría Teo... Y no se podía imaginar la vida sin Teo.

Se preguntó cuánto le habría dicho Miranda a su prima y dejó la copa sobre el almidonado mantel de hilo antes de mirarla pensativamente.

—¿Sabes cómo comenzó mi relación con tu prima, Sophie? —le preguntó, eligiendo las palabras.

—Sé que te la ligaste en un vuelo.

—¿Que me la ligué? —repitió con altanería—.¿Crees que soy el tipo de hombre que va por el mundo ligando con azafatas?

—¿Cómo iba yo a saberlo? Nunca te han faltado mujeres, ¿no? ¡Al menos eso es lo que sé!

—¡No soy promiscuo! —dijo él, indignado—. ¡Jamás lo he sido!

—¿De veras? —le preguntó ella, lanzándole una fría mirada de incredulidad.

—Sophie... —comenzó él a decir, pero luego se contuvo. Ella estaría allí solo unos días, ¿para qué manchar la memoria de alguien y aumentar la pena de su pérdida?

—Quiero oír tu versión de cómo os conocisteis —dijo ella, al darse cuenta de que él le ocultaba

algo.

Se hizo un instante de silencio.

—Yo iba a Nueva York en viaje de negocios —recordó él y esbozó una triste sonrisa—. Tu prima me sirvió una copa y escribió el nombre de su hotel en la servilleta. Me sugirió que tomásemos una copa juntos.

—Algo a lo que no te pudiste negar, supongo.

—¿Por qué iba a hacerlo? —le preguntó él con seriedad—. Era

una joven hermosa y llena de vida.

—¿Cualquier mujer valdría, querrás decir, siempre que esté dispuesta? —preguntó, tomando otro sorbo de vino con la mano trémula.

—Si fuese así —dijo él, enfadado—. Me pasaría la vida en la cama.

—Qué fanfarrón eres, Luis —dijo ella, turbada.

—No es una fanfarronada, es la pura verdad, querida —replicó él pero, al ver la palidez del rostro femenino, cedió. Estaba cansada, nerviosa y apenada—. Venga —dijo con suavidad—. Dejemos el tema y tomemos la sopa en paz.

Sophie negó con la cabeza. Quería comprender la vida de su prima allí. De momento la tenía desenfocada. El contacto de Miranda con ella había sido esporádico, y generalmente, solo cuando su prima se encontraba sumida en alguna de todas las crisis que parecían haberla perseguido toda la vida.

—Quiero saber. Quiero oír tu versión.

Hablaba como si lo estuviese juzgando, pensó Luis con amargura. ¡Por su hijo y por su apellido, no permitiría que lo juzgase mal!

—De acuerdo —dijo—, no negaré que me sentí halagado por sus atenciones. Cuando se trata de una mujer hermosa que no esconde su deseo por ti, cualquier hombre lo estaría.

—Pero tú pretendías acostarte con ella y listo, ¿no?

Luis se la quedó mirando sin comprender.

—¿Una relación de una noche? —repitió, incrédulo—. ¿Cuánta alegría, cariño o plenitud se logra con una relación así?

Al darse cuenta de su apasionada vitalidad, Sophie se percató de que al perseguir a Luis, Miranda había volado demasiado cerca del sol. Y había pagado su precio. Porque con una inexplicable pero cegadora certeza Sophie reconoció que Luis era un hombre que solo se entregaba parcialmente a una mujer. Su cuerpo, sí. Pero ¿su corazón? Se preguntó si un hombre como él tendría en realidad corazón.

—Entonces, le ofrecías un futuro, ¿a eso te refieres?

—Las relaciones no son tan extremistas —señaló con frialdad, partiendo un trozo de pan—. Hay algo a mitad de camino entre una noche de pasión y el matrimonio.

—¿Una aventura?

—Si quieres llamarlo así… Y fue una aventura divertida, al menos por un tiempo.

—Pero un bebé lo cambió todo, ¿verdad?

Se hizo un silencio breve y tenso.

—Sí, Sophie —dijo él con voz inexpresiva—. Un silencio lo cambia todo.

—Y… y si ella no hubiese estado embarazada… ¿te habrías casado con ella?

La miró a los ojos sin parpadear, preguntándose cómo había llegado a hablar con una mujer de cosas tan íntimas. Si le seguía diciendo la verdad, le haría daño. ¿Para qué?

—Me parece que sabes la respuesta sin que te lo diga, ¿no es verdad?

—Entonces, ¿no la amabas?

Capítulo 4

Luis miró a la inclinada cabeza rubia y pensó en lo joven que parecía ella al vestir de negro.

—¿Sophie? —la llamó, alargándole un pocillo de café tan negro como sus ojos—. Toma, bébete esto —le ordenó suavemente.

Ella asintió con la cabeza, como un robot.

—Gracias —le dijo, bebiéndose el café automáticamente.

Parecía pequeñísima en uno de los enormes sillones donde él la había hecho sentarse con ternura. Sus ojos azules, orlados de largas pestañas, resaltaban en la blancura de su rostro.

Pronto acabaría el día. El funeral había sido largo y celebrado por cuatro sacerdotes, más por respeto a la situación de Luis que porque Miranda fuese particularmente religiosa.

—¿Te sientes un poco mejor? —le preguntó en voz baja, tras dar un suspiro de alivio.

—Sí —dijo Sophie, alegrándose de que todo se hubiese acabado. De alguna forma, había logrado sobrevivir.

Un grupo de gente joven había llegado tarde y Luis, con el rostro serio, la informó de que eran los amigos de Miranda. Pero, en su mayoría, la iglesia había estado llena por parientes y amigos de Luis. Sus padres habían volado desde Madrid para el funeral y un coche los acababa de llevar al aeropuerto.

La madre de Luis le había dirigido una mirada de curiosidad, pero le había dado un abrazo, cosa que Sophie le agradecía. Sabía por Miranda que la relación con su suegra no había sido buena, pero el dolor de la madre de Luis parecía genuino

Miró a su alrededor. Todos se habían ido y solo quedaban ellos dos en el elegante salón. Luis se veía increíblemente formal, un extraño de cabello oscuro y traje negro. Se hallaba a unos pasos de ella, pero a kilómetros de distancia.

—¿Dónde está Teodoro? —preguntó Sophie.

—Salvadora lo está bañando.

—¿No es un poco temprano para eso?

—Me parece que yo soy quien debe decidir sobre el bienestar de mi hijo, ¿no crees? —dijo él, sin alterarse

Sophie se mordió el labio, frustrada. Apenas si había visto al niño desde la noche anterior, cuando su padre la había arrancado de su lado, convencido de que ella había intentado despertarlo a propósito. Hoy lo habían llevado a la iglesia en otro coche con Salvadora y se había pasado todo el rato abrazado al cuello de la mujer.

—Luis —dijo, a la defensiva—, ¿intentas separarme de mi sobrino?

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó él, enarcando las cejas como si ella hubiese dicho algo incomprensible.

—¡Pues por algo muy sencillo! Porque no quieres que yo lo conozca a él, ¿verdad? Ni que él me conozca a mí.

—¡Dios! —exclamó en español—. El niño está perdido, confuso... —añadió en inglés.

—¡Claro que lo está! ¡Acaba de perder a su madre!

Luis abrió la boca para responder, pero luego se lo pensó mejor.

—¿Te imaginas lo que debe de ser para un niño pequeño que su madre desaparezca de su lado? —lo miró ella con los ojos brillantes de lágrimas—. ¿Lo imaginas?

—Sophie —dijo él lentamente, eligiendo las palabras con cuidado—. No es como tú lo imaginas. Miranda no era del tipo de madre que está con su niño todo el tiempo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, porque su voz tenía algo extraño—. ¿Que Miranda no era una buena madre?

—Lo que digo es que ella no estaba... a su lado todo el tiempo. Dejaba la mayoría del cuidado de Teodoro a Salvadora. Tú misma te habrás dado cuenta de ello al ver cómo el pequeño la adora.

No quería creerlo, pero sus palabras parecían sinceras. Sophie se mordió los labios al recordar que Miranda le había dicho que la maternidad no era lo suyo. ¿Acaso no le había dicho que uno no apreciaba la libertad hasta que se la quitaban?

Sophie frunció el ceño. ¿Habría Miranda salido con frecuencia, dejando a su hijo abandonado? ¿Y no lo habría hecho porque le resultaba imposible soportar que a Luis le gustasen otras mujeres? Miró el impasible rostro masculino. Si ese había sido el caso, ¿permitiría que ello la distrajese de su verdadero objetivo al ir allí? ¿Qué ganaría Teo con discusiones y reproches?

—¿Qué es lo que deseas, Sophie? —dijo él, al verle la decisión en

el rostro—. Dímelo con sinceridad e intentaré ver si puedo cumplir tus deseos.

Al pensar en el doble sentido de sus palabras, Sophie tragó con esfuerzo, concentrándose en los hechos y no en las debilidades de su cuerpo.

—Te diré lo que quiero, Luis—dijo lentamente— Quiero un tiempo para que mi sobrino aprenda a

conocerme y quererme...

—¿Quererte? —repitió él con incredulidad.

—¿Qué hay de malo? ¿Es un crimen, acaso?

—No, no es un crimen. ¿Pero crees verdaderamente que eso es algo que ocurre de la noche a la mañana?

—Por supuesto que no, y más todavía si no me dejas acercarme a él. Me gustaría haber estado con él cuando tomaba el baño..

—Pensé que estarías cansada —dijo él sin alterarse—. Y demasiado triste como para participar de la rutina diaria de Teodoro

—Igual que tú, supongo,

—No pretendo engañar a nadie —dijo él, negando con la cabeza —. Ni siquiera a tí, Sophie. Me apena la inútil pérdida de una joven vida, pero esta noche mi almohada no se mojará con mis lágrimas.

—¿No... no tienes corazón?

—¿Quién sabe? —dijo él pensativamente—. Las mujeres llevan diciéndome eso desde hace años, pero te digo una cosa, Sophie: en lo que respecta a mi hijo, sí que tengo corazón. Y estoy decidido a que nadie le haga daño, ¿comprendido?

—No tengo ninguna intención de hacerle daño, Luis —dijo ella sin arredrarse. Sentir que luchaba por Teodoro le daba fuerzas.

—¿Y no deseas que vea a su padre como a un demonio con el corazón de piedra?

—Aunque lo pensase —dijo ella, sosteniendo la orgullosa mirada sin parpadear—, no haría nada por tergiversar la percepción de un niño. Puede que no seas mi amigo, Luis, pero no se trata de nuestra relación. Se trata de la mía con Teo. Quiero que el hijo de Miranda tenga la oportunidad de conocer a su otra familia, a sus raíces inglesas. Desde ahora mismo.

—¿Ahora mismo?—repitió él en voz baja.

—Desde este preciso instante —asintió ella con la cabeza, se puso de pie lentamente y se alisó la falda del vestido negro de lino

—. En cuanto Teodoro esté bañado, me gustaría leerle un cuento. Supongo que no pondrás objeciones a ello, Luis.

Un rayo de sol se filtraba en la estancia, convirtiendo sus cabellos en oro líquido. Con la piel blanca contrastándole con el negro del vestido parecía muy pura, pensó él, y las sienes comenzaron a latirle.

—Desde luego que no tengo objeciones —le respondió con voz ronca—. ¿No te molestará que yo esté presente?

—¿Qué crees, que intentaré apartarlo de ti sin que te enteres?

—Si llegas siquiera a intentarlo —le respondió él amenazante—, te enterarás de lo que significa enfurecerme. Soy un De la Cámara, y no permitiré que me quites nada de lo que me pertenece realmente. ¿Comprendido?

Durante un segundo, Sophie se desesperó. ¿Por qué no se habría casado Miranda con alguno de los muchos hombres que la adoraban? Luis era inaccesible, ello era evidente.

—¡Por el amor al Cielo, no exageres, Luis! —exclamó al darse cuenta de que lo peor del día había pasado y que le iba a leer algo a su sobrino—. Iré a buscar un libro de cuentos a mi habitación,

—De acuerdo —dijo Luis, sonriendo por primera vez—. Traeré a Teodoro abajo y te esperaremos aquí.

Sophie aprovechó la ocasión para quitarse el serio vestido negro y ponerse unos vaqueros y una camiseta gastada. Los pequeños son impredecibles y no quería tener que preocuparse si Téo le babeaba o vomitaba el vestido. Así se encontraría más cómoda, y deseaba poder abrazar al niño con tranquilidad.

Agarró uno de los libros que había llevado con ella y un paquete envuelto en papel de brillantes colores y cerró la puerta tras de sí.

Descendió las escaleras sin hacer ruido. Cuando llegó al salón, se quedó en la puerta, totalmente sorprendida ante la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Luis se había tendido en la alfombra y jugaba con su hijo. Se había quitado la chaqueta y la corbata y desabrochado los primeros botones de la prístina camisa, que mostraba un trozo de inquietante piel cetrina.

No la había visto, tan concentrado se hallaba en el niño, quien, vestido con un alegre pijama, daba gritos de alegría.

—¡Papá, papá! —gritaba regocijado.

Luis reía también, echando la cabeza hacia atrás con desinhibido placer.

¿Era aquel realmente Luis de la Cámara?, se preguntó sin dar crédito a lo que veía. Los negros ojos masculinos se habían enternecido y también lo había hecho su boca, que se curvaba en una indulgente y afectuosa sonrisa. Cuando el regordete puño del niño se agarró de su hombro y los deditos subieron para acariciarle la mejilla, él echó la cabeza atrás para lanzar una carcajada de regocijo. Con ese profundo sonido algo se despertó dentro de Sophie. Aquel Luis, tierno y dulce, la tomó totalmente por sorpresa.

Intentó convencerse de que era el instinto lo que le causaba aquella sensación en el estómago. Negó con la cabeza como si quisiese negar que aquello fuese más que una mera atracción física porque así sería más fácil de controlar. Mucho mas peligroso sería comenzar a soñar con él y atribuirle cualidades que él no poseía

Amaba a su hijo. Y eso era todo. Eso era todo.

El levanto la mirada en aquel momento y su rostro cambió como por encanto. Sus facciones se pusieron tensas y perdieron algo de su vitalidad y animación.

Quizá Teodoro se diese cuenta de ello porque de repente, giró la cabeza de oscuros rizos para quedarse mirándola con sus ojos enormes e interrogantes La inocencia y la confusión que ella leyó en ellos hizo que a Sophie se le forma un nudo en la garganta, y se dirigió hacia él con la mano que sujetaba el libro de cuentos y el regalo trémula por la emoción de volverlo a ver Era parte suya, parte de su carne y de su sangre, además de la de Luis.

Se hincó de rodillas en el suelo frente a él tan ilusionada al verlo otra vez que ni se dio cuenta de que las largas piernas de Luis se encontraban a unos centímetros de ella.

—Hola, Teodoro, cielo mío —le dijo con ternura y se le quebró la voz

Teodoro siguió mirándola con expresión solemne.

—Teodoro, esta es tu tía, Sophie. Te conoce desde que eras muy pequeñín —le dijo Luis suavemente en español.

—Hola, precioso —le dijo ella otra vez y, para mortificación suya, los labios del niño comenzaron a temblar y escondió el rostro lloroso en el hombro de su padre.

—Por favor, no llores, Teodoro —susurró ella sin saber qué

hacer.

—Sss, hijito. Tranquilo —le susurró Luis y meciéndolo en sus brazos, se sentó y comenzó musitarle palabras cariñosas al oído. Sophie nunca se había imaginado que un hombre lo pudiese hacer con aquella ternura.

¡Y pensar que ella había hecho llorar a su sobrino!

Luis levantó la mirada y la consternación reflejada en el rostro femenino le causó una involuntaria simpatía.

—No te sientas culpable, Sophie —le dijo mientras el niño se tranquilizaba en sus brazos—. Es un momento malo para él.

Había en sus ojos tal comprensión, que Sophie se quedó sin aliento.

—¿Ves? —señaló él, ensortijando los rizos oscuros en sus dedos —. Ya no llora, ¿verdad, hijo? —agarró el libro y, diciéndole algo más en español a Teodoro, quien asintió contra su hombro y se dio lentamente la vuelta, prosiguió—: ¿Quieres que leamos el libro juntos? ¿Con Sophie? Ven, ven Sophie —hizo un gesto hacia uno de los sofás.

Sophie, nerviosa, lo siguió y él esperó a que ella se sentase para echarse en él y estirar las piernas con gracia involuntaria. Teodoro se agarraba a él como un monito. Ella se repantigó en el borde del asiento y, sin poder evitar percibir el turbador perfume masculino, abrió el libro con dedos trémulos.

Luis se inclinó a mirarlo y su loción se hizo todavía más turbadora.

—¿De qué trata la historia?

—Es un libro de rimas y canciones infantiles —dijo ella, que se había tomado su tiempo al elegir la lectura para su sobrino—. Espero que te gusten Teodoro.

Teodoro también se inclinó a mirar una hermosa ilustración. Sophie le recitó la rima que iba con ella, y su voz .tomó una cadencia lenta y rítmica. Teodoro la escuchó, fascinado. Cuando terminó, Sophie aplaudió dando vítores. El niño y el padre se le unieron, para acabar riendo los tres a carcajadas.

La risa rompió el hielo totalmente y Sophie leyó unas diez rimas más, hasta que Luis le rozó levemente el brazo.

—Ya es tarde, Sophie —le dijo—. Mira qué sueño tiene Teo.

El niño se frotaba los ojos con los puñitos y Sophie cerró el libro.

—¿Quieres que te lea otro poco mañana, Teodoro? —le susurró.

Luis le repitió la pregunta en español. El niño asintió con la cabeza. Luego, se metió el dedo en la boca y volvió a recostarse sobre el hombro de su padre.

Cuando Luis se puso de pie, ella levantó la mirada y se apartó un sedoso mechón del cabello del rostro.

—¿Pue... puedo ayudarte a acostarlo?

Luis se quedó petrificado. El inconsciente movimiento femenino hizo que se fijase en sus pechos, que se balancearon bajo el fino tejido de la camiseta, y sintió un súbito aguijonazo de deseo. Su cuerpo reaccionó poniéndose duro y la maldijo para su coleto, aunque la provocación de ella había sido totalmente inconsciente.

—No, hoy no —dijo, con voz inexpresiva.

Ella enarcó las cejas, interrogante, y él le respondió con arrogancia, modulando la palabra «no» por encima de la cabecita del niño.

Sophie le lanzó una mirada desafiante. No deseaba hacer una escena frente a Teodoro, pero no lo aceptaría tan fácilmente. ¿Por qué actuaba como si ella le hubiese pedido algo totalmente inusitado? ¡Pensar que ella había creído que la sesión de lectura había salido bien!

—Buenas noches —le dijo a Teodoro, esbozando una tierna sonrisa. El niño le hizo un mohín con los labios.

Luis lanzó un largo suspiro mientras llevaba a su hijo escaleras arriba. Esperó que el deseo desapareciese poco a poco. «¡Maldición!», pensó. Su cuerpo estaba anhelante, sus sentidos despiertos de tal forma que se sentía desfallecer. ¿Qué le causaba aquella mujer? ¿Por qué el tiempo solo había acentuado su deseo en vez de disminuirlo, como solía suceder?

Una vez en la habitación de Teodoro, esperó, acariciando los oscuros rizos, a que el niño cayese en un profundo sueño. Solo entonces se permitió tomar aire trémulamente mientas se quedaba de pie viéndolo.

«Pobre niño inocente», pensó con amarga tristeza. «Acabamos de enterrar a tu madre y en lo único que puede pensar tu padre es en la llamada de sus instintos».

Sophie se sentó frente a él durante la cena. No estaba de buen

humor y no habló ni comió demasiado. Sin embargo, tomó dos copas llenas de rioja La Cámara, y se sintió más relajada.

—¿Está bueno el pollo? —le preguntó Luis, preocupado.

—Está muy bueno.

—Entonces, ¿por qué comes tan poco?

Pero su respuesta fue interrumpida por la campanilla del teléfono y la entrada de Salvadora a los pocos segundos.

—¿Don Luis?

—¿Sí? —preguntó Luis, levantando la vista.

—Es Alejandra —dijo la mujer apresuradamente.

Luis asintió con la cabeza y se puso de pie con expresión perpleja.

—¿Me disculpas un momento?

—Por supuesto.

Sophie intentó escuchar su conversación, al igual que él lo había hecho con su conversación con Liam, pero no pudo comprender una palabra de su rápido español. Fuera quien fuese Alejandra, su relación era bastante íntima, a juzgar por la forma en que le hablaba.

Pero cuando él volvió, le pareció que estaba inquieto, con el guapo rostro tenso. Lo vio mirar la hora varias veces. Finalmente, Sophie dejó la taza de café en el platillo con estrépito.

—¿Te molesto, Luis?

—Tienes cara de cansada —observó él.

—Sí, lo estoy —asintió ella—. Si es por eso, tú también la tienes.

—¿Me permites que te sugiera que te vayas a la cama cuanto antes? —le dijo él, intentando evitar que los ojos se le fueran a la esbelta columna de su cuello—. Ha sido un día muy largo.

—¿Y tú, también piensas irte a la cama pronto?

La boca de Luis se endureció y una sien le comenzó a latir. ¿Qué se creía, que por estar alojada en su casa tenía derecho a fiscalizar sus movimientos?

—Tengo que salir —dijo con voz suave como la seda—. Si no tienes ninguna objeción…

Ella se preguntó qué diría él si ella le dijese que sí. ¿Cancelaría lo que lo había alterado tanto? Mejor que saliese, así ella podría llamar a Liam y mirar sus e—mails; hacer las cosas que normalmente le ocupaban la mente, en vez de recordar ese día horrible e intentar

mantener sus pensamientos apartados del hombre de ojos negros que se acababa de poner de pie. Sí, mejor que se fuese, se dijo, mientras doblaba torpemente la servilleta para poder apartar sus ojos de la figura masculina.

—Por supuesto que no tengo objeciones —dijo, con voz ronca.

Luis le dirigió una última mirada. Estaba hermosa, con el cabello color de miel brillándole a la luz de las velas. ¿Habría ido a su casa con el objeto de tentarlo con algo que él no podría tener nunca? ¿No se daba cuenta de que su antipatía no tenía ningún efecto sobre él, que la tensión que existía entre los dos seguía igual que siempre?

—Buenas noches, pues —la saludó—. Hasta mañana. No me esperes levantada, por favor.

—¿Y por qué iba a esperarte levantada, Luis? —le preguntó ella con frialdad, la misma que le brillaba en los ojos azules como el hielo.

Capítulo 5

Cuando Luis se marchó, Sophie sintió una extraña soledad, a pesar de saber que Salvadora y Pirro estaban levantados y que Teodoro dormía arriba. La casa era hermosa, pero se hallaba totalmente aislada. Pensó en Miranda, a quien siempre le había gustado rodearse de gente. Antes de casarse, ¿se habría preguntado qué tipo de vida llevaría Luis?

Tomó un pocillo del delicioso café que Salvadora le había preparado y luego, cuando no pudo soportar más los bostezos, subió y se dio una larga ducha antes de meterse en la cama. Aunque esta era cómoda, el sueño la eludió durante bastante rato y cuando por fin llegó, lo hizo poblado de inquietantes sueños en los que aparecía el hombre que la tenía totalmente alterada: Luis.

Su apuesta figura se burlaba de ella desde lejos, sus ojos negros la tentaban como siempre lo habían hecho. Alargó los brazos para agarrarlo, pero el aire estaba vacío, la promesa de él tan falsa como un espejismo.

Tuvo calor, luego frío, luego calor otra vez. Acabó bañada en sudor y, semidormida, se quitó la sábana de hilo que la cubría. Siguió debatiéndose contra las pesadillas. Gemía y protestaba, con el corazón golpeteándola en el pecho, incapaz de desprenderse de la poderosa imagen del altivo español de rostro frío y duro y cuerpo cálido y firme.

Durante un momento, él la tomó en sus brazos y la estrechó contra su pecho, a punto de besarla, pero luego la arrojó sobre la cama y se alejó. Sophie lanzó un gemido de protesta.

—¡Luis!

Luis pasaba de puntillas por el pasillo cuando oyó un grito de alarma que provenía de la habitación de Sophie y se detuvo.

Se quedó silencioso ante la puerta cuando volvió a oír que ella emitía un sollozo ahogado. Y su nombre. ¡Gritaba su nombre! ¡Virgen Santa! Sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Algo en el sonido de aquel grito le causó un extraño anhelo.

Abrió la puerta suavemente y luego se detuvo mientras esperaba a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad.

—¡Dios Santo! —exclamó en un susurro inaudible.

Los postigos estaban abiertos y la luna iluminaba a Sophie con su luz plateada, como si fuese una criatura fantástica salida de un cuento de hadas. Llevaba un camisón corto de raso que se le había subido, dejándole un tentador muslo al descubierto. Tenía un brazo echado hacia atrás, por encima de la cabeza, y el dorado cabello esparcido por la almohada. Luis sintió el dulce pulso del deseo al mirarla.

Sophie se dio la vuelta otra vez y abrió los ojos. Frente a ella se hallaba el rostro arrogante con los ojos más negros que nunca fijos en ella.

—¡Luis! —exclamó incrédula, como si su sueño se hubiese hecho realidad.

—Te oí gritar —dijo él, sin especificar qué había dicho ella—. Pensé que quizá tuvieses una pesadilla.

Ella se sentó, sin darse cuenta de que tenía los pechos desnudos, por encima del camisón, consciente solo de que los sentía turgentes y ansiosos mientras él la miraba de aquella manera.

—¿Qué... qué hora es? —preguntó, llevándose la mano a la garganta.

—Muy tarde, las cuatro. Duérmete, Sophie, que lo necesitas.

Ella nunca lo había oído hablar con tal dulzura y se volvió a recostar en las almohadas.

—Duerme —le volvió a decir él.

Sophie se cubrió con la sábana hasta la barbilla, lo cual le causó a Luis disgusto y alivio a la vez. Esperó a que la respiración de ella se hiciese regular y luego, con un anhelo que parecía haber invadido cada poro de su cuerpo, se apartó de la cama.

Después de pasar por la habitación de Teodoro, se dirigió a su cuarto de baño y se dio una ducha helada, para luego echarse sobre la cama y esperar con los ojos vacíos a que saliese el sol.

Sophie se levantó desorientada, una sensación que no le quitó del todo un largo baño. Luego, cuando bajó a la soleada terraza llena de flores donde el desayuno estaba dispuesto, se encontró con que el lugar de Luis se encontraba vacío.

A desgana, esparció mermelada en un trozo de pan caliente por el sol.

—¿Don Luis ya ha tomado el desayuno? —le preguntó a

Salvadora, que servía el café.

—No, señorita —titubeó Salvadora—. Don Luis aún no ha bajado.

¿Habría llegado tarde, entonces?, se preguntó Sophie, mirando sin ver el plato mientras la asaltaban fragmentos del extraño sueño que había tenido.

—¿Quiere usted huevos? —le preguntó Salvadora, depositando un recipiente con fruta fresca delante de ella.

—No, gracias —dijo ella—. Con el pan está bien.

Cuando Salvadora se marchó, Sophie apartó el plato, fascinada por la belleza que la rodeaba. Era un sitio idílico, con el cielo increíblemente azul y el amarillo de los limoneros en la distancia, llenos de fruta perfumada. Se puso de pie y se acercó a la balaustrada, donde se apoyó para ver los jardines que se extendían más abajo. La tranquilidad era absoluta.

Al pensar en Miranda, en su aislamiento como extranjera, una oleada de tristeza la recorrió. Se dio cuenta de que su prima había cometido un error al ir a aquel lugar.

¿Y ella? ¿Habría una oportunidad para ella? Suspiró. Por supuesto que no la habría. Su destino nunca había sido que tuviese una relación con Luis de la Cámara; no debía olvidarse de ello.

—Oh, Miranda —susurró sin poder contenerse, mientras lágrimas de culpabilidad comenzaban a deslizársele por las mejillas. ¿La habría sorprendido o disgustado que Sophie desease a su esposo en secreto?—. Perdóname —rogó Sophie silenciosamente.

Luis la vio desde dentro de la casa y se dio cuenta de que ella lloraba aún antes de verle el brillo de las lágrimas. Se estremeció, como si el le hubiese causado el llanto, pero quizá estuviese bien que ella llorase. Eran las primeras lágrimas que la veía verter.

—¿Sophie? —dijo en voz baja.

Ella oyó sus pasos, pero no se dio la vuelta y se secó las lágrimas con la servilleta. No quería que él la viese perdida y vulnerable. Y temía que los agudos ojos negros adivinasen su secreto.

—¿Por qué lloras? —le preguntó él, lo bastante cerca como para tocar el dorado cabello. Apretó el puño dentro del bolsillo del pantalón, evitando ceder a la tentación de hacerlo.

—Nada. Ya... ya estoy bien —dijo ella, sacudiendo la cabeza y tragándose las lágrimas.

—No —dijo él con ternura—. Dime por qué lloras.

Su dulzura le tiró abajo las defensas.

—Es… estaba —le tembló la voz—, pensando en Miranda. Deseando que todo hubiese sido…

—¿Diferente? —dijo él, y ella asintió con la cabeza—. Ah, Sophie, Sophie.

Sus palabras la atrajeron a los brazos de él como un imán y ella se dejó abrazar con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Está bien —la tranquilizó él, acariciándole el cabello—. Está bien.

A pesar de su pena, el contacto con el duro pecho masculino le despertó los sentidos. Su calor, su perfume, tan provocativamente masculino. Sintió sus pechos, aplastados contra él, endurecerse contra el torso musculoso. Y, antes de que el deseo la dominase, recordó.

—¡Estuviste en mi dormitorio anoche! —lo acusó.

Luis deseó que ella no se lo hubiese recordado, porque comenzó a sentir un incómodo anhelo.

—Oí que gritabas —le dijo—. Me preocupé. Entré a ver si te encontrabas bien.

De repente, ella sintió vergüenza al recordar el sueño y se preguntó qué habría gritado. Por ello, prefirió centrarse en lo que él había estado haciendo.

—Habías salido, ¿verdad? —le dijo—. Era muy tarde.

—Sí. Volvía cuando te oí.

—Y habías ido a ver a una mujer. La mujer que te había llamado durante la cena. Alejandra —recordó.

—En efecto. Alejandra.

Se dio cuenta con total certeza de que la relación de Luis con aquella mujer no era de amistad inocente.

—Es tu amante… —dijo, y él no lo negó—.¿Desde cuándo? —interrogó, con los penetrante ojos azules clavados en él.

Él no pudo retirar la mirada y hubo una larga pausa hasta que respondió a su pregunta.

—Desde seis meses después de mi boda —dijo, por fin. Se dijo que no había motivo para mentirle, pero la reacción femenina lo tomó completamente por sorpresa.

Sophie se arrojó sobre él con las manos como garras intentando arañarle el rostro impasible en un súbito movimiento que le alborotó el cabello. Luis la tomó rápidamente de las muñecas, impidiéndoselo.

—Dime lo que quieras —le dijo—, pero no me marques la piel.

—¿Por qué? ¿La molestaría a Alejandra?

—¡Basta, Sophie!

—¿Me quieres soltar, por favor?

—Cuando dejes de intentar arañarme.

—No te arañaré.

La soltó, y ella se quedó mirándolo con ojos acusadores y el pecho agitado.

—Tú… ¿pasaste la noche del día en que enterraron a tu esposa en brazos de otra mujer? ¡No me lo puedo creer! —dijo sin aliento.

—¿Para qué haces preguntas? —dijo él con calma—. No puedo evitarlo si no te gustan las respuestas.

Ella sintió deseos de arrojarle algo, de darle con los puños en el recio pecho.

—¡Tú… tú… dejaste a tu niño durmiendo mientras le hacías el amor a alguien más

—Sí, mi hijo estaba durmiendo —replicó él en un susurro enfadado—. ¡Y perfectamente cuidado por Salvadora!

—¡Eres de lo que no hay! —lo acusó ella—. ¿No podrías haber dejado pasar un tiempo razonable antes de permitir que se te desatara la libido? ¿O quizá este es el tipo de cosa que hacías cuando Miranda estaba viva?

—¡Cállate! —le soltó él en español, para luego decirle en inglés cuando ella lo miró sin comprender—: ¡No grites!

Pero Sophie negó con la cabeza.

—¿Qué tipo de hombre puede visitar a su amante la noche del funeral de su mujer? —se preguntó, sintiendo cómo la abandonaba la rabia, dejándola agotada. Se dirigió hasta una de las sillas para sentarse, con los ojos desenfocados—. Dios Santo, no me extraña que Miranda fuese tan infeliz.

Pero Luis había tenido suficiente de sus acusaciones y sus juicios. Se dirigió hasta ella y la tomó de los brazos, haciéndola levantarse.

—¡Qué sabes tú de mi matrimonio! —le dijo.

—¡Lo suficiente!

—¿Quieres hacer el favor de callarte, Sophie?

—¡Jamás!

Vio el temblor decidido de la boca femenina y algo dentro de él se rompió, como un elástico que hubiera sido estirado demasiado. Con un gemido furioso, la atrajo hacia sí, aplastando su boca contra la de ella con fuerza.

Rabia, frustración, y una sensación de injusticia parecieron explotar como yesca, encendiendo un fuego dentro de Sophie cuando sus labios fueron apresados por los de él de la misma forma con que había soñado la noche anterior. La fantasía se convertía en realidad. Pero no era lo correcto.

Entonces, ¿por qué permitía que la besase, con la respiración entrecortada, pero no tanto que no le impidiese emitir un leve suspiro de ansia? ¿Y por qué el contacto de sus labios le hacían sentir que se derretía, que ardía de un deseo tan grande que sus manos anhelaban meterse por debajo de la camisa de seda blanca? ¿Por qué le parecía que era la primera vez que un hombre la besaba? Lo cierto era que ningún hombre lo había hecho. De aquella manera, no.

Luis sintió que los brazos femeninos le rodeaban el cuello y el movimiento hizo que sus suaves y redondos pechos se apretaran contra él; su rabia aumentó juntamente con su deseo. ¡Dios, podría subirle la falda y… y…!

—¡Dios! —exclamó en español, furioso—. ¡Dios mío!

A través de la dura y dulce presión de los labios masculinos y el ansia de sus pechos turgentes, Sophie sintió cómo hervía el calor y el deseo hasta quemarla.

Sin embargo, aquel era el hombre que le había sido infiel a su prima, que había estado con su amante la noche anterior. Un hombre cuya sexualidad era tan potente que parecía que podía causar que cualquier mujer se rindiese a él sin quejarse, entregada, ansiosa de sus besos y sus caricias. Como ella en aquel momento.

Se arrancó de sus brazos y se enfrentó a la mofa en los oscuros ojos masculinos, pero tenía la respiración tan entrecortada que tuvo que esperar antes de recuperar el aliento lo bastante como para hablar.

—¡Con esto me basta para darme cuenta! —explotó—. ¡Para saber el tipo de hombre con quien se casó Miranda, alguien capaz de

besar a una mujer con el solo objetivo de hacerla callar!

Pero Luis negó con la cabeza. Aquel no había sido su único objetivo. Había deseado besarla la noche anterior y muchas veces antes de entonces.

—Hace mucho que lo deseábamos los dos —dijo—, y tú lo sabes, Sophie, así que no te molestes en negarlo.

La respiración de ella seguía entrecortada y los ojos le relampaguearon.

—Sí, vi la forma en que me miraste el día en que nos conocimos, ¡como si quisieses arrastrarme de los pelos hasta la cama más cercana!

—Y tú, como si no hubieses puesto objeción a que lo hiciese —señaló él, con la voz suave como la seda.

Oírlo decir la verdad solo sirvió para aumentar su sensación de vergüenza.

—Ya supe entonces el tipo de hombre con el que se estaba por casar Miranda, el tipo de donjuán dispuesto a conquistar cualquier mujer dispuesta a ello. ¡Ojalá se lo hubiese dicho entonces! —gimió —. ¡Si no hubiese estado embarazada, se lo habría dicho!

—Me parece que te has pasado de la raya, Sophie —le dijo él con voz peligrosamente suave. Había intentado proteger el recuerdo de su mujer por respeto a su muerte, pero no quería vivir una mentira ni permitir que Sophie sacase conclusiones falsas que lo dejarían malparado a sus ojos para siempre; era demasiado orgulloso para ello—.No me dejas más alternativa que contarte la verdad sobre mi matrimonio —dijo, con los ojos desafiantes—. Y luego, si quieres, júzgame.

—¿Sabiendo que te conviene mentirme?

—¿Crees que me protegería con mentiras? ¡Nunca! —le dirigió una mirada desdeñosa que resultó extrañamente convincente—. Es doloroso volver atrás —comenzó él lentamente—. Es que, al principio, tu prima me gustaba mucho: era divertida y dulce, y un poquitín alocada —suspiró, pensando en la cantidad de vidas que se vivirían de forma diferente si se pudiese ver un poco el futuro—. Ambos lo pasábamos bien.

—¡ Qué frío que lo haces parecer, Luis!

—No es frío, era así —la contradijo él— Nunca estuve «enamorado» de Miranda, Sophie. Ella lo sabía, nunca intenté

engañarla. Era hermosa y llena de vida y nos lo pasábamos bien, pero ella también sabía que nuestra relación no tenía un compromiso de futuro.

—¡Pero te casaste con ella! —exclamó ella, mirándolo frustrada—. ¿Por qué diablos te casaste con ella si no la amabas?

—Me casé con ella porque, como bien sabes, estaba esperando a mi hijo. Un niño que no buscaba, al menos —añadió con pesar—, por mi parte.

Sophie negó con la cabeza rehusándose a creerlo.

—Si lo que tratas de decir es que Miranda se quedó embarazada a propósito, sé que no fue así. Miranda no estaba tan desesperada como para eso. ¡Tomaba la píldora, me lo dijo!

—¿Qué más te dijo?

—Que era verdad que el embarazo no fue buscado, pero que había estado mal del estómago y que...

—Sophie —la interrumpió él—. No quería ensuciar el recuerdo de tu prima, pero no fue un accidente que se quedase embarazada, créeme. Buscando unos papeles, encontré sus anticonceptivos. Intactos. Me enfrenté a ella con la evidencia y reconoció que había dejado de tomarlos sin decírmelo.

—Oh, Dios —dijo Sophie, sin aliento. Recordaba la excitada conversación de Miranda después de la boda. Le había dicho a Sophie que Luis era el hombre más arrebatador que había conocido en su vida, que le había bastado una mirada para decirse: «Tiene que ser para mí». ¿Lo habría planeado realmente? ¿Habría utilizado el truco más antiguo para conseguir que un hombre se casase con ella? Con una opresión en el pecho, adivinó la respuesta—. Tuvo una infancia terrible —le dijo, a la defensiva—. Nunca podía contar con sus padres, tenía una inseguridad crónica.

—No culpo a Miranda por su comportamiento —le dijo suavemente—, solo te digo cómo fue.

—Pero ¿por qué seguiste adelante y te casaste con ella? ¿Porque estaba embarazada? —lo interpeló—, Los hombres ya no lo hacen, Luis. Si no la amabas, tendrías que haber sabido desde el principió que no funcionaría.

—Ya te lo he dicho. Era mi obligación. ¡Era mi hijo además del de ella! Y Miranda no quería tener un hijo ilegítimo. Yo tampoco, desde luego. Ella decidió que el matrimonio funcionaría, y yo

también. Ella quería disfrutar de la seguridad que tendría al estar casada conmigo, lo cual yo estaba dispuesto a darle, y yo tendría el niño que mi corazón ya había comenzado a anhelar.

—Entonces, ¿quieres decir que fue un matrimonio de conveniencia?

—Mejor dicho, un matrimonio de oportunidad —la corrigió él.

—¿Y fuisteis sinceros el uno con el otro desde el principio? —exigió ella, acalorada—. ¿Le dijiste que no podrías serle fiel y le advertiste que pronto necesitarías buscar consuelo en otra parte? ¿Estaba dispuesta a que tuvieses una amante?

—¡No, no lo estaba! —respondió él después de una pausa—. ¡Y yo tampoco! Estaba totalmente dispuesto a respetar mis votos, Sophie. ¡Soy un hombre de honor!

—¿Pero? —dijo ella, porque suponía que él iba a decirlo.

Él eligió las palabras con cuidado porque no quería herirla, pero quizá tendría que hacerlo si deseaba decirle la verdad.

—Me parece que no le ofrecí a Miranda el tipo de vida que ella pretendía.

—¡Venga, Luis! ¡Ella te adoraba!

—No —dijo él, negando con la cabeza resueltamente—. A ella le gustaba lo que creía que yo podría ofrecerle, pero la realidad no era aquella. Ella adoraba el glamour y la vida de un playboy, que era la que yo llevaba cuando nos conocimos. La vida de esposa y madre en La Rioja no le apetecía en absoluto. Encontraba intolerable la lentitud con que todo sucedía. Quería vivir en Barcelona, a la que llamaba «el París junto al mar», pero ello no era posible.

—Podríais haber encontrado un término medio, haber ido allí los fines de semana.

—Y lo hicimos. Podríamos haber seguido haciéndolo una vez que Teo nació, pero, como te he dicho, un niño lo cambia todo.

—No necesariamente —objetó ella.

—Eso es lo que dicen los que no tienen niños —suspiró él—, pero sí que te cambia la vida, Sophie, mucho más de lo que piensas. Salir hasta las tantas por la noche y dormir hasta mediodía no son compatibles con tener un bebé.

—¿Eso es lo que hacía ella?

—Eso es lo que hacía —dijo él sin alterarse—. Al final, lo que hacía era irse a Barcelona por su cuenta dejando a Teo aquí mientras

ella salía de juerga. Le dije que si seguía haciéndolo sería inevitable, solo cuestión de tiempo, que llevásemos vidas separadas. Y así lo hicimos.

—¿Y entonces te buscaste una amante?

—No —dijo él, con expresión triste—. Hice algo muy poco machista: le sugerí que fuésemos a un consejero matrimonial. Miranda asistió a tres sesiones y luego me dijo que tenía una aventura con alguien. Y entonces sí que comencé a buscar fuera del matrimonio lo que se me negaba en casa.

Su tono era totalmente sincero y, a pesar de todo, Sophie sintió pena por él.

—Oh, Luis —susurró—. ¡Qué terrible! ¿Por qué no os divorciasteis?

—¿Crees que algo así es fácil? —preguntó él con una risa amarga —. No estaba dispuesto a que Teo viviese, aunque fuese por poco tiempo, con una madre que no lo cuidaba adecuadamente y la ba— talla legal por la custodia lo haría sufrir mucho. Muchas personas tienen matrimonios «vacíos», Sophie. Era soportable.

—Y luego ella murió —dijo ella, mirándolo fijamente. Se había dado cuenta de que el hombre que ella había pensado que era no existía. Quizá aquel hombre rico, guapo y poderoso no le diese su corazón a Miranda, pero era sensato y tenía un agudo sentido de la responsabilidad—. Supongo que, de alguna manera, ha de ser un alivio verse liberada de semejante matrimonio.

—Sí, Sophie —suspiró él—. No puedo negar que hubo cierto alivio al pensar que no habría más in— felicidad. Pero, créeme, me sentí culpable por sentir aquello.

Ella lanzó un largo y triste suspiro. Pobre dulce y equivocada Miranda. Pobre tonta. Había que— rido a Luis, él le había dado de sí mismo todo lo que era capaz de dar, y luego ella lo había tirado todo por la borda en su búsqueda alocada de la vida fácil. Pero, al pensar en ello, se le ocurrió otra cosa más preocupante: si pensaba en Luis como en un hombre bueno, ¿no lo desearía todavía más? Y él no estaba destinado a ella. Con una historia como la de ellos, nunca lo estaría.

Además, ¿no se olvidaba de algo? Quizá su comportamiento durante su matrimonio con Miranda estuviese justificado, pero su comportamiento hacía un rato no lo estaba en absoluto.

—Eso no cambia el hecho de que me besases hace un instante, ¿o sí? —exigió, olvidando convenientemente que se había pasado la noche fantaseando con ello— ¡Y después de una noche de pasión con tu amante! ¡No tuviste respeto por ninguna de las dos al hacer algo así!

La expresión del rostro masculino se endureció, pero él no la contradijo. Cuanto menos supiese ella, antes se iría, y él quería que ella se fuese.

Porque, ¿qué sabía en realidad de Sophie Milis? Solo que una vez ella lo había mirado con un deseo que lo había dejado temporalmente sin sentido, un deseo igual al que él sentía por ella. Y que su respuesta a su beso había demostrado una promesa peligrosa y sensual.

Pero eso no le decía nada de los motivos que ella tendría para estar allí. ¿Qué quería ella en realidad? No, no necesitaba su presencia en absoluto.

—Entonces, ¿qué haremos al respecto, Sophie? —le preguntó en voz baja.

Ella se lo quedó mirando y durante un momento horriblemente tentador ella pensó que lo que él quería decir era... era...

—¿Crees... crees que yo quiero seguir donde lo dejamos?—le preguntó sin aliento.

El rostro masculino se endureció de rabia y frustración.

—¿Eso es lo que tú querrías?

Parte de ella quería decirle que sí, que lo deseaba más que nada en la vida. Que si Luis la llevase a la cama en aquel momento, le daría placer, puro placer. Le demostraría que estaba viva, de la forma más básica posible. ¿Y acaso no era eso lo que la gente deseaba al verse en contacto con la muerte?

—¿Lo es?—insistió él al ver cómo ella se ruborizaba.

—¡Es la oferta menos tentadora que he oído en mi vida!

—No estaba haciéndote una oferta —le dijo él de forma insultante—. Te hacía una pregunta, aunque la pregunta que debí hacerte fue si lo que acaba de suceder te ha hecho cambiar la idea de quedarte.

—Ah, comprendo —dijo ella, con los ojos relampagueantes—. ¿Por eso lo has hecho? ¿Porque pensaste que estaría tan ofendida por tu comportamiento que saldría disparada de aquí sin darle a

Teodoro oportunidad de conocerme? Porque si piensas que sería así es que no me conoces en absoluto, Luis.

—¿Quieres decir que quieres quedarte igualmente?

Ella negó con la cabeza; lo único que sabía era que quería llevar a Teo a Inglaterra a visitar a la abuela de su madre, pero el instinto le advirtió que aquel no era momento para pedírselo.

—No sé si «querer» es una palabra que usaría yo. Quizá fuese mejor decir «necesitar». Como he dicho, Teodoro necesita saber que tiene una familia por parte de su madre.

—Bien —le dijo él, evaluándola con una fría mirada y luego encogiéndose de hombros—. Acaba el desayuno —le dijo.

—¿Como si no hubiese sucedido nada?

—Y no ha sucedido nada —dijo él, taladrándola con la mirada—. Y tampoco sucederá.

—¿Quieres decir que no me volverás a besar?

—Para hacerte callar, no —dijo esbozando una sonrisa—. Pero, si me invitas a que lo haga, entonces eso es una cuestión totalmente distinta.

—Oh, no te preocupes, Luis, ¡de eso no hay ninguna posibilidad!

—Si es tu intención quedarte —dijo él, sirviéndose café—, propongo que al menos nos comportemos de forma civilizada. ¿Crees que podremos hacerlo, Sophie, comportarnos con amabilidad? —al ver la indecisión en el rostro femenino le dijo—: ¿Tienes alguna otra alternativa? ¿Que comamos separados? ¿Que no tengamos contacto durante tu estancia? Porque si es así, verás muy poco a tu sobrino, a quien dices querer conocer.

—¡Desde luego que quiero conocerlo! ¿Por qué otro motivo crees que estoy aquí?

—Se me ocurre más de una —dijo él, encogiéndose de hombros y tomando un melocotón.

—¿Por ejemplo?

—Quizá quieras averiguar si tu prima te ha dejado algo de dinero del que yo puedo haberle pasado...

Sophie tuvo que sentarse antes de que le cediesen las rodillas.

—Dios Santo, Luis, no dejas de sorprenderme —dijo secamente —. ¡Y pensar que yo creía que la opinión que tenías de mí no podía ser peor! ¡Qué equivocada estaba!

Perdona que te desilusione, pero tu dinero no me interesa.

—Compréndelo, Sophie. Si mi mujer sabía y aceptaba ni relación con Alejandra, entonces no veo el motivo por el que tú te sientas ofendida, ¿verdad? Y no tiene sentido que discutamos. Da igual lo que piense de ti o lo que tú pienses de mí, ya que no tenemos nada en común salvo nuestra relación con Teo, aunque nuestros cuerpos nos digan lo contrario.

—De acuerdo —dijo ella, a quien sus palabras le habían dado como si de flechas se tratasen—, supongo que podré ser amable unos días.

—Bien. Y antes de que me olvide —continuó él, comenzando a pelar el melocotón—. Tengo que asistir a una boda familiar en Madrid la semana que viene y me llevaré a Teo conmigo. Si sigues aquí, quizá quieras venir.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no?

—¿No es demasiado pronto? ¿No guardarás nada de luto?

—La vida continúa, Sophie, y en particular, la vida de mi hijo. Será una reunión familiar y habrá parientes cercanos, que hace meses que no ven al niño. Desearán abrazarlo y expresarle su cariño en un momento como este.

—Y consolarte también a ti —dijo Sophie con voz hueca—. El viudo desconsolado.

La miró sin alterarse.

—Depende de ti —le dijo—. Ven si quieres o quédate, a mí me da igual.

—No... no tengo nada adecuado que ponerme para una boda de postín.

—Estoy seguro de que podremos encontrar algo... se puede encontrar ropa hermosa en la ciudad —dijo él, esbozando una sonrisa—. Tendré que llevarte de compras, ¿no?

Fue un comentario autoritario, el tipo de cosa que un hombre le diría a su amante, algo que se imaginaba que le diría a Alejandra y tendría que haberla enfurecido. Entonces, ¿por qué se le aceleró el corazón como si estuviese por experimentar algo delicioso e ilícito?

Capítulo 6

LUIS se inclinó hacia delante.

—Al Palacio Santo Mauro, por favor —le dijo al chofer en español.

—Sí, don Luis —asintió el hombre.

El poderoso coche salió del aeropuerto hacia el centro de Madrid y Luis se echó hacia atrás en el asiento.

Sophie miró por la ventanilla al paisaje que se veía desde la autopista y pensó en cómo había cambiado su relación desde que él le había contado la verdad de su matrimonio. Increíble.

No habían discutido más, no había habido recriminaciones. Ambos habían sido puntillosamente corteses y mantenido las distancias. Y Luis tenía razón, reconoció Sophie. Ella no era quién para criticarlo porque tuviese una amante. Era su elección, su vida y ella no pertenecía a ella. Pero le dolía más de lo que debiera cada vez que pensaba en ello, por lo que intentaba no pensar en ello. Algo que le resultó más fácil porque él no había vuelto a ver a Alejandra, o al menos Sophie no se había enterado de ello.

Supuso que él estaba esperando a que ella se volviese a Inglaterra. Ya pensaba en volver, aunque tenía que tomar una decisión de cuándo. Sabía que no se podía quedar indefinidamente, pero todavía no había reunido suficiente coraje como para pedirle a Luis si se podía llevar a Teo con ella. Estaba esperando el momento adecuado, pero este todavía no había llegado. Y seguía temiendo su respuesta.

Pero no podía negar que los días antes de la boda habían sido agradables, casi lo habían pasado demasiado bien. Por las mañanas, Luis se iba al despacho y dejaba a Sophie ayudando a Salvadora con Teo. Ahora que Sophie se había ganado el afecto del niño y la confianza de la mujer, esta parecía deseosa de delegar en ella cada vez más. A Sophie no le importaba, por el contrario. Bajo la mirada atenta de Salvadora, había comenzado a enseñarle a Teo a nadar y una vez Luis había vuelto del despacho inesperadamente y se los había encontrado a los dos chapoteando alegremente en la piscina.

—¿Qué pasa aquí? —había exigido saber y Sophie lo había

mirado, el cabello mojado aplastado contra la cabeza y el agua chorreándole por el rostro mientras Teo reía alegremente.

—j Le estoy enseñando a Teo a nadar! No te preocupes, una vez gané la copa de natación del condado; está perfectamente a salvo conmigo.

—Ya veo —dijo él, recorriéndole el cuerpo con la mirada—, pero la próxima vez, quiero que lo hables primero conmigo, Sophie, ¿comprendido?

—De acuerdo —dijo ella, metiéndose un poco más en el agua. El traje de baño le pareció de pronto demasiado sugerente.

—Por si se te ocurre enseñarle montañismo —dijo él lacónicamente.

Los días de verano eran largos y después de la hora de la siesta, Luis parecía haber decidido llevarla a pasear y mostrarle los sitios más hermosos de la región. Una tarde deliciosamente fresca, los tres habían ido a la montaña mágica de Aralar, en Navarra, poblada de hayas centenarias, serbales y espinos. Sophie había llevado un sencillo picnic y sacó las cosas de la cesta mientras Luisse subía a Teodoro a los hombros para que viese mejor mientras él les relataba la leyenda de San Miguel y Sophie escuchaba, hipnotizada.

—Es una historia preciosa —murmuró cuando él acabó—. Y esto es hermoso, también —dijo, señalando con un gesto el verde paisaje.

—¿Pensabas que sena seco y duro?

—Un poco —dijo ella, pensando que había una época en que se había imaginado que él sería así, pero no lo era. Su carácter sensible y profundo no mermaba en absoluto su masculina sensualidad. Con cada minuto que pasaba, se daba más cuenta de por qué Miranda se había propuesto tenerlo para sí.

Y por las noches, después de la cena, Sophie se retiraba a su habitación a ponerse al día con su correo y leer documentos que le mandaba Liam.

Oliver le había mandado innumerables mensajes con el móvil y hablado varias veces, pero las conversaciones con él la habían desilusionado totalmente. Recordaba la excitación que había sentido cuando él la invitó a salir. Pero aquella excitación se había evaporado y solo sentía que él era un amigo. No necesitó pensar mucho para darse cuenta de la razón.

—Sabes lo mucho que quiero salir contigo —murmuró él una vez

—. Tendría que haberte invitado hace siglos, pero supongo que tu fama me lo impidió.

—¿Fama? ¿Qué fama? —rió ella.

—Oh, ya sabes. Tu fama de fría e inaccesible.

¿Fría? ¿Inaccesible? Apostaría el salario de un mes a que Luis no opinaba lo mismo.

En una sola ocasión se había sentado en la terraza a hasta las tantas con Luis, la luna un enorme disco en el cielo. Alrededor de ellos, las chicharras habían cantado su agudo coro mientras ella le hablaba de su empresa, sus sueños, sus esperanzas, y lo cerca que estaba de conseguirlos.

—Aplaudo tu ambición —dijo él suavemente y Sophie contuvo un suspiro. El sitio perfecto con el hombre perfecto. Excepto que él no lo era, se recordó. No debía olvidarse de ello. Y desde luego que no era perfecto para ella.

—Mira qué ciudad más hermosa, Sophie —dijo Luis cuando el coche entró en Madrid.

Sophie admiró los edificios, sintió con inquietud que aquello se parecía demasiado a unas vacaciones. En aquel momento él se movió y no pudo evitar admirarle los poderosos muslos.

—Háblame de los novios —dijo, tragando e intentando no pensar en la boca que la había besado hacía unos días. El coche volvió a acelerar—.¿Quiénes son?

¡Ojalá se despertase el niño para darles qué hacer y desviar su atención del negro brillo de sus ojos! Pero Teodoro, que se lo había pasado en grande durante el vuelo, dormía plácidamente.

—Ramón es primo mío —respondió él—. Y la novia se llama Estella. Llevan años de novios.

—Entonces, ¿la quiere?

Él giró la cabeza y vio el desafío en los ojos femeninos. Se dio cuenta de que lo que ella quería decir era si aquel matrimonio sería una réplica del suyo.

—Ramón ama a Estrella con locura —dijo, y por primera vez en su vida encontró que envidiaba alguien.

—Bien, supongo que eso es algo.

—Sí. Y ella es demasiado apasionada como para siquiera pensar en compartir su esposo con otra mujer.

—¡Eso también es algo! —dijo ella con sequedad.

—¿Así que eres una romántica, Sophie? —se burló.

—Creo que el matrimonio tendría que significar renunciar a todos los demás. Eso es lo que dicen los votos.

—Es verdad, eso es lo que dicen.

Inquieta al ver que estaban de acuerdo en tantas cosas, Sophie siguió preguntando.

—Entonces, ¿habrá muchos parientes tuyos en la boda?

—Sí. Muchos. Mis padres, mis hermanas, y un montón de otros primos.

—Y la crema de la aristocracia española, supongo.

—Desde luego —dijo él, con una inclinación de cabeza.

Al verlo allí sentado, poderoso y seguro de sí mismo, Sophie se preguntó si las mujeres lo mirarían más de una vez si fuese, por ejemplo, un agricultor. Pero al imaginárselo trabajando en el campo, se le hizo un nudo en la garganta. Un hombre como aquel sería deseado por las mujeres hiciera lo que hiciese.

—¿No les parecerá raro que traigas a una boda familiar a una prima de tu mujer?

—Pero es precisamente porque eres familia que ellos lo aceptarán sin pensárselo dos veces —murmuró él. Al darse cuenta de que ella lo miraba con las pupilas dilatadas y los labios entreabiertos, sintió que su cuerpo comenzaba a ponerse tenso—.Los españoles valoramos mucho a la familia.

Ella miró por la ventanilla pasar a su lado los magníficos edificios de la capital y se dijo que debía sentirse afortunada por estar paseando por España de aquella manera tan lujosa. Pero no se sentía afortunada. Se sintió triste al pensar que pronto dejaría aquel lugar y a aquel hombre. Sabía que sería lo mejor, pero deseaba con todo su corazón quedarse.

—¿No te ilusiona estar en Madrid, Sophie? —le preguntó Luis, que la había observado ponerse tensa y se había preguntado por qué —. ¿O lo que no te gusta es tu compañero de viaje?

Ella se giró a mirarlo, hipnotizada por el negro brillo de sus ojos y las sensuales líneas de sus labios.

—Si me hubiesen dado a elegir, no creo que hubiese optado por un fin de semana contigo, no.

—Mi ego está severamente herido —murmuró él.

—Eso está bien, para variar un poco.

—Es verdad —estuvo él de acuerdo.

Sophie apretó los labios. Le daba rabia cuando él le tomaba el pelo de aquella manera, o, mejor dicho, le gustaba demasiado, porque evocaba una intimidad que, en realidad, no existía. Eran solo dos personas a quienes las circunstancias habían hecho coincidir y que intentaban sacar el mayor provecho de una situación extraña.

Pero en aquel momento no le parecía una situación extraña. Se sentía tan excitada como una colegiala en su primer viaje al extranjero, con Teo y él en una ciudad llena de glamour, alojándose en uno de los hoteles más hermosos de España.

Se podría haber quedado en La Rioja, pero no tenía sentido separarse de Teo, cuando el único objetivo de su estancia era conocerlo. Y, como se decía todos los días, no se podía quedar indefinidamente... Liam y los empleados se las estaban arreglando perfectamente, pero la realidad era que su papel en la empresa era primordial y no podía faltar tanto tiempo mientras se lo pasaba en grande en España. Y, justamente en aquel momento, sonó su móvil.

—¿Nunca desconectas eso? —protestó Luis, chasqueando la lengua.

—¿Qué sentido tendría tenerlo si la gente no pudiese hablar conmigo? —replicó ella con calma, aceptando la llamada a la vez que miraba el nombre en la pantalla—. ¡Liam! ¡Hola, qué pasa!

Luis arqueó las cejas. Ella le había dicho que Liam era su socio, pero quizá él quería que fuese algo más que una relación profesional, a juzgar por el número de veces que la llamaba por semana. Y el otro, ese Oliver, a quien le gustaba tanto llamarla y mandarle mensajes al móvil... ¿Qué pensarían los dos si supiesen el esfuerzo que ella hacía para luchar contra la atracción que sentía por él? Una atracción que se hacía más obvia por la forma en que ella intentaba esconderla constantemente, le daba la impresión de que tanto de sí misma como de él. Seguro que ella no se daba cuenta de lo transparente que resultaba su rostro. Sus pupilas siempre se agrandaban cuando sus ojos se cruzaban y luego se ruborizaba, como si tuviese miedo de que él le leyese el pensamiento.

Sus pensamientos no eran siempre fáciles de leer, pero su cuerpo sí. Y Luis, que conocía a las mujeres, estaba convencido de que Sophie no era inmune a él.

—No, estoy en Madrid —dijo ella en aquel momento—. Con Luis.

—¿Madrid? —repitió Liam—. ¿Estás en el aeropuerto, de camino a casa?

—Ejem, no... todavía no. Lo cierto es que estoy de camino a una boda familiar

Se hizo un breve e incrédulo silencio.

—¿Con él?

Sophie lanzó una mirada al perfil de Luis, pero aunque él oía perfectamente lo que ella decía, su rostro estaba tan inexpresivo como si hubiese estadotallado en un trozo de mármol dorado. Lo miró acariciarle la cabeza a Teo.

—Aja —dijo, pensando que era un padre perfecto.

—Pensaba que el motivo de que te quedases era para estar con tu sobrino —protestó Liam—, no irte de paseo por ahí con un hombre a quien supuestamente desprecias.

—Teodoro está con nosotros.

—No me refería a eso...

—Mira, Liam. No puedo hablar ahora —le dijo, temiendo que dijese algo realmente insultante y que Luis lo oyese—. ¿Llamabas por algo especial?

—¿Qué? Oh, sí, Ted Jacobs...

—¡Le envié un e—mail a primera hora de la mañana! Explícale lo que ha sucedido. Tengo que estar aquí, mi sobrino me necesita.

—¿Y Luis? ¿También te necesita? —preguntó Liam lentamente—. Me da la impresión de que estás encajando en el hueco que dejó tu prima. ¿Todo queda en familia, eh?

Sophie sabía que Liam solo le preguntaba porque estaba preocupado por ella, pero aquel no era momento de explicarle que Luis no necesitaba una esposa, que tenía una amante esperándolo pacientemente entre bambalinas.

—Llámame el lunes —suspiró—. Habré vuelto de Madrid para entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo él—. Te llamaré el lunes. Que lo pases bien —pero no parecía que lo dijese de corazón.

Cortó la comunicación y se encontró con la mirada divertida de Luis.

—¿Qué pasa, está perdido sin ti?

—Supongo que tendría que sentirme halagada de que me echasen en falta...

—¿Pero no lo estás? —le preguntó él.

Sophie dirigió una mirada a Teo, que comenzaba a despertarse. Qué extraño, cómo se cambiaba de forma de pensar de repente. Nunca había puesto antes a un bebé el primero en su lista de prioridades, y, sin embargo, el tiempo que había pasado con Teo le había abierto los ojos. Había descubierto que obtener una sonrisa de un niño como aquel podía ser tan gratificante como lograr un buen contrato. Sonrió soñadora, mirando al pequeño dormir, hasta que recordó que Luis había estado hablando con ella y levantó la vista para encontrarse con los ardientes ojos negros clavados en ella.

—No, la verdad es que no —dijo, volviendo al presente con esfuerzo—. Me hace preguntarme si no habré delegado poco, si no pueden arreglárselas sin mí un par de semanas. O quizá debiésemos contratar a alguien más. Me parece que el personal no ha crecido a la par del negocio.

Por las noches la había oído trabajar en su habitación.

—Trabajas mucho —le dijo.

—Pues, tú también.

—Últimamente, no tanto —dijo él, lacónicamente.

—Has estado muy ocupado con Teo.

—Sí —dijo él. Aunque no solo con Teo. Con Sophie también. Los paseos a la montaña no eran algo que se encontrase habitualmente en su agenda. Pero tenía que confesar que se lo había pasado bien mostrándole su tierra. Y ella había sido una compañía encantadora.

—¿Y los viñedos no se han detenido porque tú no estuvieses, verdad? —bromeó ella—. Nadie es indispensable, Luis. Ni siquiera tú:

Teo se despertó y Luis lo tomó en brazos, donde el niño rió satisfecho mientras intentaba meterle el dedo en la boca a él.

El coche se detuvo suavemente frente a un imponente edificio y un portero uniformado se acercó a abrirles la puerta. Sophie elevó la vista a la magnífica fachada.

—Cielo Santo —susurró—. ¿Aquí es donde estamos alojados?

—No solamente nosotros. La mayoría de la familia ha reservado habitaciones aquí. ¿Te gusta, Sophie? Ya verás el interior cuando entremos.

Tenía razón. El hotel era hermoso por dentro, con cuadros, espejos y enormes palmeras. El techo abovedado era altísimo y el

aire acondicionado proveía un frescor agradable. Costaba trabajo no sentirse un poco azorado ante tanto lujo, pero Teo no le dio tiempo para ello. Comenzaba a gimotear y retorcerse en brazos de su padre, quien, rodeado de una increíble cantidad de bártulos infantiles, hablaba con el recepcionista en rápido e incomprensible español.

—Ven, Teo —susurró Sophie, alargando los brazos—, Ven con Sophie.

Para alegría suya, el niño se pasó rápidamente a sus brazos y se apoyó contra sus pechos, contento. Ella hundió la nariz en la dulce fragancia de su pelo y lo abrazó fuerte. Teo rió y comenzó a juguetear con el rubio cabello.

Luis, sin que ella se percatase, había observado la pequeña escena y, a su pesar, se había emocionado. Era obvio que ella actuaba con sinceridad, que no fingía; Teo se habría dado cuenta de lo contrario.

—Ven, Sophie —le dijo con dulzura—, nos llevarán a nuestras habitaciones.

—¿Todo esto para mí? —preguntó ella, en medio de una habitación grande como una sala de baile con el niño todavía en los brazos. Contuvo el deseo de bailar un vals con el bebé.

—Pareces una niña pequeña —murmuró él al observar su placer mientras ella lo miraba todo.—Me siento como una niña pequeña que ha entrado en una tienda de golosinas —dijo ella, agachándose para dejar a Teo en el suelo. El bebé comenzó a gatear.

Se la imaginó con coletas y tuvo que contener un gemido.

—¿Dónde dormirá? —preguntó Sophie.

—He pedido que me pongan una cuna en mi habitación —dijo él, señalando una puerta en el otro extremo del cuarto—. Por allí.

—¿Ha... habitaciones contiguas? —dijo Sophie, inquieta.

—Es una suite familiar; generalmente tienen una puerta de conexión —dijo él, mirándola con los ojos burlonamente desafiantes —. ¿Te molesta?

—En absoluto —dijo ella, cruzando su mirada con otra igualmente burlona, aunque sí que lo hacía. En la finca estaba uno a cada extremo de un largo pasillo y además vivían en la casa Salvadora y Pirro—, ¿por qué iba a hacerlo?

Luis esbozó una pequeña sonrisa. Sophie mentía. Ella lo sabía y él también. ¿Qué le respondería si la pusiese en evidencia?

Pero Teo ya había comenzado a tomar confianza y había que quitar varios objetos del medio. Agarró un jarrón a la vez que Sophie quitaba una preciosa bombonera de porcelana.

—Ejem, Luis...

—¿Sí?

Había estado mirándola estirarse mientras ella ponía el recipiente en lo alto de un mueble. Ella llevaba el cabello recogido en un moño y el largo cuello desnudo le hizo recordar su cabello dorado la noche en que había entrado en su habitación.

Ella se dio la vuelta, arrugando la nariz y levantando a Teo en brazos.

—Me parece que Teo necesita un cambio de pañal. ¿Quieres que lo haga yo? Me parece que siempre lo hace Salvadora, ¿no?

—A ella no parece molestarla hacerlo.

—Probablemente no se puede imaginar a don Luis de la Cámara haciendo algo por el estilo. Tarea de mujeres —dijo ella secamente.

—¿Pero a ti te parece que es cosa de hombres también?

—¡Por supuesto que sí! El cuidado del bebé tiene que ser compartido. No se puede delegar las partes desagradables y quedarse solo con lo bueno. ¿Cómo ibas a establecer los lazos de cariño de otra forma? —le sonrió, disfrutando el momento de perplejidad que lo hizo parecer desconcertantemente accesible—. ¿Quieres que te enseñe?

—¡ No necesito que me des lecciones, Sophie! —gruñó, ofendido.

—Ya lo has hecho antes, ¿verdad? —le preguntó ella, dudando.

No, no lo había hecho. Pero cambiar un pañal no debía ser demasiado complicado, ¿no?

Aparentemente lo era.

Por ese motivo su madre lo encontró de rodillas intentando ponerle un pañal a su hijo, que se movía para todos lados, y a Sophie, que había intentado contener la risa infructuosamente, muriéndose de la risa.

—¡No tienes remedio!

—¡Por Dios! —exclamó él.

—¿Luis?

Se dio la vuelta y se encontró con su madre de pie en la puerta, una expresión confundida en las elegantes facciones.

—¡ Buenos días, madre!

—Deja —dijo Sophie, arrodillándose a su lado—, vete a saludar a tu madre.

—Ya me enseñarás más tarde —dijo él, lanzándole una rabiosa mirada de frustración antes de ponerse de pie y abrazar a su madre y besarla en ambas mejillas.

—¿No has traído a Salvadora contigo? —le preguntó su madre en español.

—Se está poniendo vieja, madre —le dijo él, negando con la cabeza—. Además, Sophie dijo que me vendría bien tener que hacerme cargo yo solo de la responsabilidad del niño.

—Ah, ¿de veras? —preguntó su madre, mirándolo con ojos interrogantes. Pero para entonces, Sophie había levantado al alegre chiquillo y se lo acercó a su abuela, que inmediatamente lo tomó en sus brazos y le besó los rizos de ébano.

—¡Mira qué guapo que está! —exclamó mientras Teo comenzaba a jugar con su exquisito collar de perlas.

—¿Verdad que sí? —sonrió Luis y luego comenzó a hablar en inglés—. Madre, necesito llevar a Sophie a comprar un traje para la boda...

—Y quieres dejarme a cargo de Teo, ¿verdad? —sonrió la madre.

—¿Te importa?

—¿Importar? ¡Déjamelo una semana, si quieres, ornas!

—Será mejor que nos demos prisa si no queremos que se nos haga tarde —dijo Luis, tras mirar el reloj.

Detuvo a un taxi y le dijo que los llevase al barrio de Salamanca, donde se encontraban las tiendas más elegantes de la ciudad.

—¿Crees que a tu madre le importa que yo haya venido? —preguntó Sophie cuando se hallaban frente a la puerta de una de las selectas tiendas—.Dijiste que no la molestaría.

—No, creo que no —murmuró él—. ¿Por qué iba a molestarla?

—Me pareció que me miraba de una forma rara en el hotel.

Sospechaba que su mirada tenía algo que ver con su revelación de que Sophie le había dado un consejo y él lo había aceptado.

—Probablemente fue ver a su hijo mayor de rodillas, cambiando un pañal —comentó con ironía—.

Venga, entremos, Sophie. Dile a la dependienta lo que estás buscando.

Los trajes eran una maravilla y a Sophie le costó decidirse entre

dos de ellos: uno largo de seda color azul hielo con un abrigo a juego que podría llevar en la iglesia y otro más chic y severo en un sofisticado color gris.

—No me puedo decidir. ¿Cuál? —dijo, volviéndose a la vendedora.

—Date la vuelta —dijo la voz profunda y aterciopelada de Luis.

Lentamente, ella se dio la vuelta, consciente de la mirada de los oscuros ojos.

—Cómprate el azul —le dijo él, quitándole importancia, aunque tenía la boca seca por el deseo—. Te va bien con los ojos —y el vestido se le ajustaba a las curvas como una segunda piel.

Pero cuando Sophie salió del cambiador, se encontró a Luis cargando el gasto a su cuenta.

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo? ,

—¿A ti qué te parece, querida?

—¡Soy perfectamente capaz de comprarme mi propia ropa!

—Pero este es un gasto inesperado. No tenías calculado tener que comprarte algo de este valor. Déjalo, Sophie, déjame que te lo compre.

—¡No, desde luego que no! Tome —le dijo a la dependienta con una sonrisa cortés, y le quitó la tarjeta de crédito de Luis de entre los dedos para reemplazaría por la suya.

Se hizo un silencio cargado de electricidad.

—Eres muy obcecada, querida —le dijo él con suavidad.

—¿Y tú, acaso no eres obcecado también? —replicó ella—. ¿O es que ninguna mujer te ha devuelto un regalo antes?

—¿Y por qué iban a hacerlo cuando para mí es un placer dárselo? —le preguntó él seriamente—.¿Por qué lo rechazas? —le preguntó en un susurro cuando la dependienta se dio la vuelta para envolver el traje.

—Tiene que ver con algo llamado «orgullo», Luis —dijo Sophie. ¿Nunca había estado con una mujer que se relacionase con él en sus propios términos?—. ¡Porque me haría sentir como una mantenida!

Luis esbozó una sonrisa cínica. El orgullo no era una palabra que asociase generalmente con las mujeres de su vida. Además, aquel no era el momento para explicárselo, pero las mantenidas generalmente ofrecían favores como retribución por los regalos. ¡ Sophie lo miraba con una expresión tan furiosa que si le decía algo así, era capaz de

darle un bofetón en el medio de la tienda!

Se encogió de hombros con impaciencia, capitulando de forma totalmente inusual en él.

—Pues de acuerdo. ¡Paga por él si insistes!

—Oh, muchas gracias —dijo ella, sarcásticamente—. Es lo que pretendo hacer.

Se moría por someterla de una forma que haría que ella aceptase su regalo entre suspiros. ¡Haber hecho una escena y rechazado su oferta frente a la dependienta! Ella, que hablaba de orgullo, ¿no se daba cuenta de que había ofendido su orgullo masculino?

Durante el camino de vuelta al hotel, Sophie lo sintió hervir como una olla de presión a punto de estallar y finalmente suspiró y le miró el duro perfil.

—Desde luego, si vas a estar malhumorado el resto del día...

—¿Por qué iba a estar malhumorado? —le preguntó él, sin darse por aludido.

—¡Porque no te has salido con la tuya! Pensaba que no nos íbamos a criticar mutuamente durante este viaje, así que ¿te resulta muy difícil se indulgente con mis deseos de independencia?

Él la miró fijamente a los ojos y vio el relámpago de humor en ellos.

—Muy bien, obcecada Sophie —suspiró—. Tema cerrado, acabado. Ahora, relájate y disfruta de la ciudad.

Capítulo 7

A SOPHIE apenas le quedó tiempo para ducharse y vestirse para la boda. Acababa de aplicarse el lápiz de labios cuando Luis llamó a su puerta.

—¿Sophie? ¿Estás lista?

Sophie se lanzó una última mirada en el espejo y asintió. Más no se podía hacer.

—Sí, pasa.

Luis entró en la habitación con Teo en sus brazos. Al verla, se quedó de piedra. Los ojos se le entornaron como a un peligroso felino ante una presa inesperada.

Sophie se llevó los dedos a la cara. ¿Se habría manchado con rimel la mejilla?

—¿Qué pasa, tengo algo mal?

¿Mal? ¡Madre de Dios! ¡Nunca nada había estado mejor! Parecía una diosa que había cobrado vida. Luis sintió que comenzaba a latirle una sien y también la ingle. Sacudió la cabeza.

—Llevas maquillaje —comentó con voz ronca.

—Pero, ¡por supuesto que llevo maquillaje! Me tendré que codear con un montón de aristócratas, así que tengo que estar lo más guapa que pueda, ¿no?

—Pero normalmente no te molestas en maquillarte.

—Ya lo sé. Solo en ocasiones especiales. ¡Siempre me ha parecido una tontería tener que pasarme horas poniéndome algo que al rato me tengo que quitar!

La delicadeza de sus facciones combinada con los enormes ojos azules hacía que, al contrario que muchas mujeres, pudiese llevar la cara lavada. Pero con maquillaje... Luis contuvo el aliento... ¡estaba magnífica! Los ojos, orlados por las oscuras pestañas, parecían dominarle el rostro y el brillante lápiz de labios hacía que su boca resultase provocativa. La piel dorada se veía suave y sensual como la seda. Y el vestido...

La seda se le pegaba al cuerpo y le marcaba eróticamente los pechos y las caderas, resaltando sus esbeltas curvas. «¡Cielo Santo!», exclamó Luis para sí. De haber sido otra mujer, le habría sugerido que se dejase el cabello suelto, pero con ella no podía hacerlo.

Estás hermosísima, querida —le dijo.

Él también lo estaba, si ese adjetivo podía aplicarse a un hombre tan inequívocamente masculino. La hermosura también podía ser angulosa y delgada, dura y a la vez suave y sensual.

Su apuesto cuerpo, enfundado en el traje de etiqueta, parecía tener las piernas más largas, las caderas más estrechas. Debía de haberse afeitado, porque su rostro ya no tenía la suave sombra de la barba. Su cabello brillaba con las gotas de una ducha reciente.

. Haciendo un esfuerzo por apartar los ojos de él, Sophie miró a Teo, resplandeciente con un traje de marinero blanco con vivos azules.

—¡ Y tú estás guapísimo, Teo! —susurró ella—. ¡Qué niño tan elegante! —Teo le sonrió e hizo gorgoritos.

De repente, la enorme habitación pareció demasiado pequeña. Luis deseó que estuviesen solos. La tentación de tomarla entre sus brazos y quitarle el carmín con sus besos era irresistible. Tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Venga, vamos —dijo roncamente.

Un coche los esperaba para llevarlos a la iglesia antigua llena de flores. Sophie sintió las miradas curiosas cuando entraron al templo y se dirigieron a los primeros bancos para sentarse con la familia. ¿Eran imaginaciones suyas o también oyó murmullos en español? ¿Se preguntarían quién era la mujer rubia que acompañaba a don Luis de la Cámara y a su hijo?

Fue una ceremonia muy emotiva, pero en realidad, todas las bodas eran emotivas, ¿o no? Excepto la de Miranda, recordó Sophie de repente. Un vulgar registro civil en un día de caluroso verano, con Miranda pálida por su incipiente embarazo. Pero la voz de su prima había sonado inequívocamente triunfal al hacer sus votos y la respuesta de Luis había sido firme, aunque sin pasión.

Totalmente diferente a la que estaban presenciando. La voz de la novia tembló cuando hizo sus promesas y la mirada de adoración en los ojos del novio hizo que Sophie contuviese el aliento y sintiese envidia por ellos.

Se dio cuenta de que ella también quería algo así. Si alguna vez se casaba, quería hacerlo con alguien que la amase con aquella pasión. Quería amor con mayúscula, amor real y duradero. El tipo de amor que podía mover montañas.

Y el hombre que se encontraba a su lado no se lo podría dar. Nunca jamás.

Había comenzado a conocerla, e incluso a apreciarla, pero ¿cuánto tardaría en confiarle a Teo lo suficiente como para permitirle que se lo llevase a Inglaterra?

La recepción tuvo lugar en el salón del baile del hotel. Sophie no había asistido jamás a una fiesta tan lujosa. Sirvieron exquisita comida y finos vinos De la Cámara. El perfume de los lirios que adornaban la sala lo invadían todo.

Teo pasó de brazo en brazo mientras Luis presentaba a Sophie a sus tíos y primos. Aunque la curiosidad se reflejaba en los ojos de los familiares, nadie preguntó a qué se debía su presencia. ¿Qué pensarían?

Y ¿qué pensaría Luis, perseguido por las hermosas mujeres de la fiesta? Sus ojos permanecían inescrutables, excepto por el brillo indulgente que reflejaban cuando una mujer tras otra intentó monopolizarlo.

Luego, comenzó la música. Primero la novia y el novio, después los padres, los primos, todos comenzaron a bailar. Pasó un tío dando vueltas con Teo en sus brazos y una exquisita muchacha que miró a Luis con timidez. Él asintió casi imperceptiblemente y la tomó entre sus brazos.

—Hacen una pareja preciosa —murmuró en inglés una de las tías de Luis al verlos pasar.

—Es cierto —dijo Sophie, pero el corazón se le había acelerado y le dio rabia sentir un estúpido ramalazo de celos. No tenía ningún derecho a estar celosa, así que ¿por qué lo estaba?

Fue a buscar un vaso de agua, dispuesta a que nadie la sacase a bailar, pero sin deseos de ver a Luis cambiando una hermosa mujer tras otra con cada pieza de baile. Se escondió detrás de un enorme tiesto con una planta, hasta que una profunda voz penetró sus contradictorios pensamientos, haciéndola temblar.

—¿Sophie?

Levantó los ojos y la alerta mirada oscura la encandiló.

—¿Por qué estás escondida* aquí? —le preguntó Luis suavemente.

—Tan escondida no estaría —dijo sonriendo— si me has encontrado, ¿verdad? Quería descansar los pies un poco.

—Y ahora que ya los has descansado... —dijo él, dirigiendo su mirada a los zapatos sexy, que asomaban por el bajo del vestido—... ¿vas a bailar conmigo?

—No... no me parece que sea una buena idea.

—¿Por qué?

—A la gente le parecerá extraño, y no tengo deseo —«¡mentirosa!»— de monopolizarte —dijo—.Venga, Luis. Hay un montón de mujeres que se estarán muriendo por que las invites a bailar

—Pero yo te estoy sacando a ti, Sophie —insistió él—. Y a la gente le parecerá extraño que no baile con la mujer que es mi invitada aquí. Ven, Sophie.

Nunca la había sacado a bailar un hombre tan irresistible como Luis. «Lo hace por galantería», se dijo, cuando él la tomó entre sus brazos, «mera galantería».

Pero la realidad era totalmente distinta. La sensación de estar en sus brazos con las manos masculinas apoyadas levemente en sus caderas era una experiencia tan deliciosa que apenas si podía respirar.

Luis la atrajo hacia sí e instantáneamente sintió el perfume a lilas. Sus dedos le abarcaron la estrecha cintura. La tela del vestido era tan delicada que se hizo la ilusión de que era en realidad su piel la que tocaba. Pero la quería más y más cerca, y cuando la hizo girar la apretó todavía más, mirándola a los ojos cuando ella se sobresaltó al ponerse en contacto con la inevitable evidencia de lo mucho que él la deseaba.

—Luis —dijo ella débilmente.

—Sí, cariño —le dijo él en español—. ¿Te gusta bailar conmigo?

A ella le gustaba más de lo que la decencia permitía, ¿pero no la tentaba hasta un punto que se hacía insoportable? ¿Sería consciente de lo que le estaba haciendo? Aunque estaba muy duro, no se mostraba avergonzado en absoluto. ¿Habrían tenido las otras mujeres el mismo efecto en él? ¿Sentirían ellas también ansias de apretarse aún más contra sus caderas pare sentir el centro de su masculinidad?

—Te mueves muy bien —dijo ella, deseando no sentir aquel anhelo.

Él contuvo un gemido de frustración. Ella también, dulce

tormento, se movía muy bien. ¿Cuánto más podría soportar semejante tentación y cuánto más la soportaría ella?

Sophie se dio cuenta de que se estaba interesando demasiado. Quería más que su cuerpo. Quería penetrar aquella mente rápida e inteligente y averiguar por si misma qué era lo que movía a Luis de la Cámara. Pero aquel deseo no le aportaría nada, porque él tenía una amante. Entonces, ¿qué diablos hacía bailando de aquella forma con ella?

— Ya he bailado lo suficiente —dijo, trémula.

El también. Si seguían le resultaría imposible no deslizarle las manos por la espalda y luego abarcarle los pechos para acariciar sus redondas curvas.

—Busquemos a Teo, entonces —dijo, soltándola.

Sophie esperó hasta más tarde para hablar con él sobre el viaje de Teo a Inglaterra. Llamó con los nudillos suavemente a la puerta de Luis en cuanto el niño, cansado pero feliz, estuvo en la cama. Luis se encontraba quitándose los gemelos e intentando olvidarse de la frustración que lo había embargado toda la velada.

—¡Pase!

La puerta se abrió y se le hizo un nudo en la garganta al ver a Sophie recortada en el umbral.

Se había soltado el cabello, que le caía en brillantes rizos sobre los hombros. ¿Se daría cuenta ella del peligro que corría al ponerse a contraluz, lo cual hacía que el vestido resultase casi transparente y se le viesen las largas piernas como si no llevase nada? A través del corpiño del vestido se le notaban los duros pezones y la frustración que Luis sentía aumentó hasta hacerse insoportable.

—¿Sí? —le preguntó, con la voz extrañamente ronca.

Ella se quedó en el umbral, indecisa. Era demasiado íntimo encontrárselo en el acto de desvestirse.

—¿Pue—puedo hablar contigo un momento, por favor?

—Vamos a tu dormitorio —dijo él, asintiendo y mirando al niño dormido—. Donde no molestemos a Teo.

Luis casi enloqueció con el movimiento del trasero femenino delante de él mientras se dirigían a la otra habitación. Cualquier hombre se hubiese vuelto loco también al ver el tanga apenas perceptible y la fina seda del vestido ajustando las curvas de los redondeados glúteos.

Y supo que no podría dormir ni vivir un segundo más si no lo hacía...

—¡Luis! —exclamó ella cuando con un movimiento repentino él la tomó en sus brazos y le dio la vuelta—. ¿Qué haces?

—Lo que ambos llevamos toda la noche deseando hacer —le dijo él—. Besarte. Tus ojos son una dulce invitación, y, ¿qué tipo de hombre sería si ignorase ese mensaje tan delicioso?

«No quiere decir nada», se dijo ella, «solo deseo». El apoyó sus labios sobre los de ella provocando que se abrieran automáticamente para satisfacer su anhelo, que aumentó más después del primer contacto.

Se aferró a él, entregada, mientras él la besaba con una profundidad que la hizo apretarse aún más contra el musculoso pecho. Con un gemido, él le agarró los pechos y Sophie sintió que le cedían las rodillas.

—Cariño —le dijo él en español, acariciándole un pezón con el pulgar.

Sophie ardió al sentir su contacto. El duro muslo masculino la empujó insistentemente y ella sintió que las piernas se le separaban solas. Y entonces él comenzó a levantarse el vestido y acariciarle los muslos. Ella se retorció de anticipación, deseando rogarle que la tocase. Y cuando él la tocó...

De repente, la fría lógica actuó como un cubo de agua fría. Tenía que detener aquello antes de que fuesen demasiado lejos. Antes de que no pudiesen parar. ¿Cómo se había olvidado que aquel distante hombre de duro corazón era quien había hecho sufrir tanto a Miranda?

Desoyendo las protestas de su cuerpo, dejó de besarlo y le quitó la mano de su pierna, intentando no ver el gesto frustrado de él

—¿Los pocos días de abstinencia de Alejandra te han hecho buscar una amante sustituía? —dijo sin aliento, alisándose el vestido —. ¿Si ella no está disponible hay que aprovechar a quien sea?

—¡Alejandra no es mi amante! —exclamó él, negando impaciente con la cabeza.

—¿Desde cuando? ¿Desde este momento? Te acostaste con ella la noche del funeral. Supongo que no te habrás olvidado, ¿no?

—¡ No me acosté con ella! —protestó él.

—Entonces, para qué corriste a verla, ¿a jugar a las damas?

¿Qué pensaba, que lo único que podía ofrecer era placer sexual?, se preguntó enfadado.

—Fui a verla porque me di cuenta de que nuestra relación había acabado.

—Un buen momento —dijo ella secamente.

—La muerte te hace enfrentarte a la realidad y la realidad era que Alejandra pretendía de mí mucho más de lo que yo estaba dispuesto a dar.

—¿Qué quería?

—Nuestra aventura era solo eso para mí, una aventura —suspiró él—. Pero ella, equivocadamente, se había hecho a la idea de que como yo estaba libre, ya no había obstáculos en nuestro camino. Y que pronto seríamos una pareja...

—¿Quería casarse contigo?

—Aunque no lo dijo —dijo él suavemente—, por delicadeza, creo que sí, que ese era su deseo.

Sophie sintió que hervía de rabia. ¿Era aquella la forma en que trataba a todas sus amantes? ¿Las descartaba cuando ellas comenzaban a exigirle que se comprometiese emocionalmente? ¡Y encima había intentado hacer el amor a ella, y ella, como una imbécil, casi había caído en su hechizo!

Tenía que irse. ¡Irse en aquel mismo momento

—Me insultas con tu intento de hacerme el amor —le dijo con frialdad—. ¡Y tratas a las mujeres como si fuesen seres inferiores! ¡Me vuelvo a Inglaterra, Luis... y quiero llevarme a Teodoro conmigo!

Capítulo 8

LUIS se la quedó mirando; todo el deseo que sentía por ella desapareció al oírla decir aquello tan increíble.

—¿Me puedes repetir lo que has dicho? —dijo lentamente.

—Quiero llevar a Teo a Inglaterra. Mi abuela quiere conocerlo.

—¡No llevarás a Teo a ningún sitio! —soltó él.

—No me refería definitivamente, solo quería...

—¡Tampoco por un tiempo! —dijo él, furioso—. ¡Cómo se te ocurre sugerir algo así!

Oh, Dios, ¿por qué habría sido tan precipitada?

—Por favor, Luis...

—¿Eres tonta? ¿Crees que te permitiré llevarte a mi hijo de su patria? ¿Quieres quedártelo tú? ¿Conseguir que te den la custodia? ¿Es eso, Sophie? ¿Era eso lo que has estado urdiendo todo este tiempo?

—¡Por supuesto que no!

—Ambos sabemos lo difícil que resulta extraditar a un niño —la interrumpió secamente—. ¡Estás loca si crees que accedería a algo por el estilo!

Quizá lo estuviese. Hacía unos minutos casi se había metido en cama con él, un hombre capaz de destrozarle el corazón a cualquiera. Y en vez de explicarle lo que su abuela le había pedido, le había solicitado algo que podía considerarse inadmisible. ¿Por qué había sido tan tonta de creer que porque él había resultado un compañero encantador los últimos días le permitiría meterse en un avión con su adorado hijo?

—Escúchame, quizá me haya expresado mal...

—Mal, quizá, pero al menos has dicho la verdad —dijo él—. Me pregunto si ese era el motivo por el que estabas tan dulce y cariñosa últimamente...¿Porque querías convencerme de que accediese? ¿Por eso te entregaste tanto a mí cuando bailábamos? ¿Creías que hasta podrías hacerme el amor, pero finalmente no lograste hacerlo? ¿No podías hacer el amor con un hombre al que desprecias, aunque quisieses con ello conseguir a Teo? ¿Quizá por eso fuiste tan especial con él?

—¡Luis, no es posible que creas algo así! ¿Cre... crees de veras

que he manipulado a Teo para lograr mis fines?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Por favor, Luis… —dijo ella, mirando a aquel extraño de ojos negros, a aquel hombre irreconocible que acababa de besarla con tanta dulzura y pasión—. ¿Es esa tu respuesta definitiva?

—Sí —dijo él, implacable.

—Entonces, no hay nada más que decir.

—No —dijo él—. Ni una palabra más.

Los ojos negros la miraron una vez más y luego, con un gesto de dureza en los labios, Luis se dio la vuelta y se marchó de la habitación.

Sophie tardó largo rato en dormirse y se despertó tarde. Se encontró una breve nota de Luis en la que ponía que se había llevado a Teo a desayunar. Después de ducharse y vestirse, bajó al comedor y lo vio al otro extremo de la estancia, inclinado hacia el niño, con una sonrisa en los labios mientras le daba algo con una cuchara. Cuando ella se acercó, Luis levantó la vista y su rostro se endureció.

—Siéntate, Sophie —le dijo con una cortesía que contradecía el brillo de sus ojos—. ¿Has dormido bien?

—La verdad es que no. ¿Y tú?

Su furia había durado mucho, alimentada por la rabia de haberse sentido engañado y más aún por no haber hecho el amor con ella. No respondió a su pregunta.

—¿Traes el pasaporte contigo? —le preguntó.

—¿Mi pasaporte? —le preguntó ella, mirándolo sin comprender—. Sí, lo tengo arriba, en mi bolso.

—Bien —dijo él, señalando con la cabeza la cesta con fruta fresca y los bollos mientras le metía otra cucharada de papilla a Teo en la boca—. Será mejor que desayunes.

—No quiero desayunar —dijo ella. Lo que quería saber era por qué diablos le preguntaba sobre su pasaporte.

—Como quieras —se encogió de hombros él—. Comerás durante el vuelo.

—¿Vuelo? ¿Qué vuelo? ¿De qué hablas?

—Tu vuelo a Inglaterra —dijo él con una fría sonrisa—. He llamado a la línea aérea a primera hora y tienen plazas en el vuelo a

Londres desde Madrid esta mañana. Supongo que estarás de acuerdo conmigo en que ya no tiene sentido que vuelvas a La Rioja.

La estaba echando. ¡Como si fuese un paquete que no deseaba!

—¿Y mis cosas?

—Te las mandaré.

—¿Así como así?

—Así como así —dijo él con frialdad.

Ella abrió la boca para protestar, pero la expresión de los ojos de él le indicó que no valía la pena. Era implacable. Y tenía razón, ella era una tonta. Había dejado que él llegase cerca, demasiado cerca, olvidándose de que lo único que él le ofrecía era su cuerpo. Y luego, llevada por su rabia y dolor, lo había arruinado todo al informarlo de sus intenciones y haciéndole pensar lo peor. ¿Pero no se creería que quería robarle a su hijo? Al observar la expresión de censura de su rostro, se dio cuenta de que sí, que ese crimen nunca sería perdonado ni olvidado.

El resto de la mañana lo pasó como en una nebulosa, que se dispersó dolorosamente cuando él le dijo que no la acompañaría al aeropuerto.

—Pasaré la mañana aquí, en la ciudad, con mi madre y Teo.

—Ah, comprendo.

—Así que me despido ahora.

Ella asintió con la cabeza, incapaz de hablar, pero él le permitió que abrazase a Teo una última vez.

—Adiós, tesoro —susurró contra los oscuros rizos y se preguntó si alguna vez lo volvería a ver.

Cuando aterrizó en Inglaterra el día estaba frío y lluvioso y se sintió una extraña en su propio país. Tenía toneladas de mensajes en el contestador y una gran cantidad de correo acumulado. Al rato de llegar, llamó a su abuela.

—Estoy de vuelta, yaya.

—¿Y Teo?

—Oh —dijo, a punto de decirle: «Ya verás cuando lo veas», pero se mordió la lengua—. Es un encanto. Adorable. Le he tomado miles de fotos. Te las llevaré cuando las revele.

Se hizo una pausa.

—Pero no lo traerás a él.

—No.

—Luis se negó, supongo.

—Sí, no quiso ni oír hablar del tema. Lo siento.

—Me imaginé que lo haría —suspiró su abuela y Sophie se preguntó si no debió haber intentado luchar un poco más por él.

Inquieta, Sophie comenzó nuevamente su ajetreada rutina de correr al metro, ir a ruidosos pubs los viernes y pasear tranquilamente los domingos por tiendas y galerías de arte. Pero extrañaba a Teo como nunca se había imaginado que lo haría. La hora de irse a dormir no le parecía la misma sin el chapoteo del baño del niño y la lectura de su cuento. Le faltaban sus chillidos de alegría cuando le hacía cosquillas y sus bracitos regordetes cuando le enseñaba a nadar.

El mundo y la vida que llevaba en Londres eran tan diferentes de lo que acababa de dejar atrás. Demasiado distinto. Echaba en falta el calor del sol español y el perfume de los limoneros. Y también echaba de menos a Luis, como si le hubiesen arrancado algo importante de su vida. Añoraba oír su profunda voz y ver el enigmático brillo de sus ojos negros.

A tantos kilómetros de distancia era fácil acallar las razones que su mente le daba y escuchar el insistente clamor de su corazón. La distancia y el tiempo borraban los recuerdos, dejando solamente los que quería conservar. Algo había sucedido, y no era solamente atracción sexual, porque eso siempre había estado allí, por más que la reprimiese cuando Miranda vivía.

Nunca antes había experimentado emociones como aquellas. Se sentía como si estuviese ahogándose e intentara aferrarse a una roca resbaladiza que no le daba ninguna seguridad. Como si su antiguo mundo ya no fuese real. Era una extraña observándolo, como si la gente que antes era su vida se hubiesen convertido en fantasmas que circulaban entre las sombras.

Le envió a Teo un libro y dos postales de Londres, y le puso que esperaba verlo otra vez muy pronto, aunque se preguntó si Luis se las leería. Rogó que aunque él desconfiase de ella y de sus motivaciones, no dudase del amor que ella sentía por su hijo.

Y luego, una noche, cuando ya casi había perdido toda esperanza, llamaron al teléfono.

Había llegado a casa tarde, después de un día con mucho trajín,

pero muy enriquecedor. Liam y ella habían pasado la semana negociando el contrato más grande de su vida con una empresa de automóviles y, en particular, de su último modelo, un deportivo totalmente innovador. Ante su sorpresa, habían conseguido hacerse con el cliente y firmado un contrato multimillonario.

Habían celebrado con champán y Liam sugirió que fuesen a comer juntos. Sophie no aceptó pretextando un dolor de cabeza, por no decirles a sus compañeros de trabajo que tenía el corazón destrozado y arruinarles la noche.

—¿Te encuentras bien? —le había preguntado Liam.

—¡Claro que sí! —había mentido ella—. ¡Seré una mujer rica!

Pero ¿qué significaba el dinero si no podía tener lo que más deseaba en la vida? ¿Qué le había sucedido? La fría profesional se había transformado lentamente en una mujer que añoraba los placeres diarios de la familia.

Y no cualquier familia, sino una que ya estaba lista, con una vacante de esposa y madre. Que no estaba en oferta. Mejor que se hiciese a la idea de que la vacante no estaba abierta.

Atendió el teléfono.

—¿So…phie?

—¿Luis? —preguntó sin aliento.

—Claro —dijo él y se hizo una pausa mientras se relajaba. Se había imaginado que ella le colgaría el teléfono. ¿Acaso no se lo habría merecido?—. ¿Quieres que lleve a Teo a que vea a tu abuela?

—Oh, Luis —dijo ella, cerrando los ojos—. ¿Lo dices de veras? ¿En serio?

—Por supuesto, claro que sí —suspiró él. Nunca se le había dado bien pedir disculpas—. Sophie, fui impetuoso y no vi tu sentido del deber. No tendría que haberte dicho lo que te dije. Cuando te fuiste me di cuenta de que lo que pedías no era tan descabellado…

—Nunca tendría que haber sugerido traérmelo sola —pero tampoco podía pedirle a él que la acompañase a Inglaterra, como si fuesen una pareja de verdad.

—No, no tendrías que haberlo hecho —dijo él en voz baja—. Pero eso ya es agua pasada. ¿Quieres que vaya para allá?

—¿Cuándo? —preguntó

La urgencia de verla lo consumía.

—¿Este fin de semana?

Parecía que sus plegarias habían sido respondidas. Pero seguro que lo hacía por cumplir su deber como padre, se recordó. No ofrecía nada más. Aunque su relación con Alejandra había acabado, habría otras mujeres dispuestas a ocupar ese sitio. Alguna hermosa española que resultaría una pareja mucho más adecuada que la prima inglesa de su fallecida esposa.

—Te iré a buscar al aeropuerto —le prometió.

Colgó y llamó a su abuela.

—Yaya —le dijo con voz trémula—, ¿Te... te apetece ver a tu bisnieto este fin de semana?

El sábado por la mañana le temblaban tanto los dedos que apenas si pudo abrocharse el vestido. Los minutos se hicieron horas hasta que aterrizó el vuelo de Luis.

Él salió por la puerta con Teo en sus brazos y buscándola con los negros ojos. Sintió que el deseo lo asaltaba cuando la vio esperándolo, con su cabello rubio brillante cayéndole sobre el vestido de pálido lino que llevaba. Recordó la sensación de tenerla en sus brazos, de sus suaves labios y su seductor perfume.

Sophie se quedó petrificada; apenas si podía respirar. Verlo en persona era mil veces mejor que todos los recuerdos que había repasado diariamente.

—¡Zo—zi! —gritó Teo, que la había visto, y ella se mordió fuertemente los labios mientras alargaba los brazos para recibirlo.

—Te ha echado de menos —observó Luis—. Los dos te hemos echado de menos —añadió suavemente.

«Eso no quiere decir nada», se dijo ella. «Nada».

—He alquilado un coche —replicó—. Y he comprado juguetes y un gran rompecabezas para tí, Teo.

—Lo consientes.

—¿Por qué no? Lo hago con gusto.

—Ya lo sé.

Salieron del aeropuerto con Sophie llevando al bebé.

—¿No tienes coche? —le preguntó Luis cuando acabaron de colocar a Teo en la sillita.

—En realidad, no hay necesidad —dijo ella, negando con la cabeza—. En Londres puedo caminar, o tomar el metro o un taxi si llueve.

—¿Y siempre llueve? —sonrió él.

—Desde luego más que en La Rioja.

Su abuela los esperaba junto a la puerta cuando el coche se detuvo. El viejo jardín tenía el mismo aspecto que cuando Sophie era pequeña. Rosas, clematis y otras enredaderas de flor cubrían los antiguos muros de piedra.

—Hola, Luis —sonrió la señora Milis y luego miró al pequeño durante largo rato con el rostro iluminado por la alegría—. Tú debes de ser Teo.

El tiempo estaba lo bastante bueno como para comer en el jardín, y sentaron a Teo en una manta en la hierba. El niño se entretuvo alegremente con el juguete que Sophie le había comprado. Luego, comenzó a bostezar y entraron a tomar el café dentro para poder acostarlo en el sofá, donde durmió la siesta.

Ante la sorpresa de Sophie, su abuela y Luis conversaron animadamente. «No lo odia en absoluto», se dio cuenta Sophie mientras comenzaba a recoger los platos para llevarlos a la cocina. Cargó el lavavajillas y cuando volvió al salón su abuela levantó la vista hacia ella.

—¿Por qué no aprovechas y le muestras a Luis el pueblo? —sugirió—. Teo está totalmente dormido.

—¿Quieres ir? —le preguntó a Luis.

—Por supuesto, ¿por qué no? Sabes perfectamente que estará dormido una, quizá dos horas.

Caminaron por el sendero pasando la iglesia.

—Las campanas de esta iglesia son hermosas —dijo ella, aunque le faltaba la respiración—. Y aquí arriba está el correo. Siempre nos dejaba tomar un polo si nos...

—Sophie —dijo él de repente—. Salvadora se va.

—¿Se va? —dijo ella, deteniéndose en seco—.¿Adonde se va?

—A Salamanca, de donde es su familia. Pirro también. Está muy mayor, demasiado para cuidar de Teo. Me di cuenta de ello cuando te marchaste. Y está contenta de irse; el niño es demasiado para ella. Yo mismo vi la diferencia por la forma en que tú te habías ocupado del niño. Ya no es lo bastante joven como para jugar con él como corresponde.

—¿Qué harás? —preguntó confundida—. ¿Quién cuidará de él?

—Tendré que poner un anuncio —dijo, observándola para ver su reacción—. Alguien joven —hizo una pausa—. Alguien como tú.

Ella lo miró a los ojos con el corazón golpeándola en el pecho mientras se atrevía a hacerle la pregunta sin pensárselo dos veces.

—¿Pero yo no?

—Tú tienes tu vida aquí —dijo él deliberadamente.

¿La tenía? ¿Qué tipo de vida era aquella? Un tipo de vida que cambiaría con gusto para poder estar con el hombre que anhelaba. Pero él no se lo pedía.

—Quieres decir que no quieres que sea yo —dijo dolida, sin reflexionar.

La boca masculina perdió algo de su habitual dureza cuando él se relajó.

—Oh, Sophie —dijo, tomándola en sus brazos, con los negros ojos relampagueantes al mirarla—.Ese es el problema, cariño. Quiero que seas tú, créeme. Te deseo de todas las formas en que un hombre desea a una mujer.

—Luis...

—Quiero hacer el amor contigo, Sophie —le dijo con su grave voz como una caricia—. Me has encendido —susurró—. Un fuego que me quema las venas me hace pensar en ti, desearte. Un deseo que ya no puede ser acallado, por más que lo intento. Y, sí, quiero que te vengas a La Rioja conmigo para cuidar de Teo como lo has hecho tan maravillosamente, pero... que Dios me perdone, te quiero en mi cama.

—¿Y Miranda? —susurró. sintiéndose terriblemente culpable—. ¿Qué diría?

—Miranda está muerta —dijo él, con cierta tristeza—ˆ Y nosotros estamos vivos. ¿No crees que quema que fuésemos felices?

¿Felices? ¿Le estaba garantizando su felicidad o solo las violentas emociones y la pasión que no le dañan paz?

—No lo sé —suspiró ella.

—No lo hagas y te arrepentirás el resto de tu vida. — susurró él — Se lo mucho que me deseas. Sophie. Puedo leerlo en tus ojos y en tus labios. Dime que no es verdad. No puedes, ¿no es cierto?

No, no podía, pero había mucho más que solo el deseo . Su vida. Su carrera. Y lo más importante de todo su frágil corazón.

—Luis, no es tan sencillo —dijo, elevando la mirada hasta el.

—Es lo sencillo que tú desees hacerlo —la contradijo suavemente —. ¡Y así de sencillo!

Su boca descendió hasta la de ella y la exclamación de protesta fue ahogada por el placer de su beso. Intentó convencerse de que era una locura, que él solo le ofrecía su cuerpo y su compañía, mientras que ella, como mujer, deseaba mucho mas de el que eso. Pero todo eso se le borró de la mente cuando la boca masculina exploró la suya.

—Luis —dijo con la voz quebrada contra su boca, y abrió los labios.

El primer contacto íntimo despertó una explosión de deseo tan poderosa como si él la hubiese desvestido allí mismo y penetrado su carne dulce y madura en aquel mismo momento. Exploró la caverna calida y húmeda de su boca, jugando con a lengua femenina, y se puso duro en un segundo lleno de deseo de verter su semilla.

Ambos interrumpieron el beso en el mismo instante aunque por motivos totalmente diferentes

—Me pides algo muy difícil, Luis.

—Ya lo sé.

Dejar todo lo que tenía allí, su vida, sin recibir nada a cambio excepto su cuerpo y su hijo. Sin declaración de amor... Pero nunca había sido un hipócrita. Al menos le ofrecía algo más que a Alejandra, era verdad. Sin embargo, ¿se olvidaba con que tranquilidad la había mandado a Inglaterra? ¿No sería una idiota aceptando una situación como aquella? Aun así, al pensar en la alternativa de una vida gris sin aquel carismático y vital español, se dio cuenta de que a veces hay que correr riesgos. Riesgos emocionales.

Tenía veintisiete años y él le había dicho la verdad cuando le aseguró que si no lo hacía se arrepentiría toda la vida. Y si las cosas salían mal, siempre podía reconstruir su vida en Londres. Incluso podía empezar otra agencia de publicidad. Lo había hecho una vez, lo podría hacer otra. Pero quizá aquella fuese su única oportunidad con Luis. ¿Y si acababa amargada e insatisfecha, preguntándose qué habría pasado si hubiese...?

—¿Quieres, Sophie? ¿Quieres venir a vivir conmigo a La Rioja?

Se hizo una breve pausa mientras ella consideraba la alternativa.

—Sí, quiero —dijo en voz baja, pensando en lo mucho que se

parecía su respuesta a una promesa de matrimonio. Pero él no le estaba ofreciendo matrimonio. Al menos, había sido honesto. La deseaba. Y le encargaba el cuidado de su hijo. Pero no había hablado de amor. Ni de boda. Sería su amante y la cuidadora de su hijo.

No era suficiente y, sin embargo, de una forma loca e inexplicable, era más que suficiente. Mucho más de lo que ella tenía. Él estaba en lo cierto. Aunque viviese cien años, nunca más tendría aquella oportunidad. Tenía que aprovecharla, vivirla al máximo día a día, noche tras noche. Se daría un año de plazo, si duraba tanto, y luego volvería a plantearse su futuro.

—Sí, quiero —repitió.

—¿Dejarías todo esto? —le preguntó él, porque necesitaba estar seguro.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por Teo. Y por... por ti, Luis.

—¿Por mí, por qué exactamente, cariño? —la interrogó suavemente.

—Te deseo —reconoció ella simplemente, luchando por no decirle lo que sucedía en realidad, porque, ¿acaso un hombre como Luis no huiría despavorido si supiese que ella se había enamorado de él?—. Quie... quiero compartir tu cama. Quiero que me hagas el amor —dijo, trémula, porque aquello era verdad y quería ser todo lo honesta que pudiese con él. Levantó la mano para acariciarle el cabello—. Quiero todo lo que puedas darme, Luis. Lo que un hombre puede darle a una mujer

Pero no cualquier hombre. Solo aquel.

Él la miró profundamente a los ojos y vio la efímera expresión de vulnerabilidad reflejada en ellos. Se sintió incapaz de asegurarle lo que sabía que ella necesitaba y deseaba. Quizá fuese verdad que no tenía corazón, pero...

¿Acaso no resultaría injusto decirle algo que no sentía?

—¿Y podrás marcharte de tu empresa así como así?

—Tendré que pensármelo —dijo ella. Quizá pudiese trabajar a tiempo parcial desde España, o quizá fuese mejor que cortase los lazos con la empresa totalmente, dejando el capital y viviendo de los intereses para poder tener independencia económica. Porque no

sería, bajo ningún aspecto, una mantenida—. Como ya he dicho antes, Luis —dijo sonriéndole y encogiéndose de hombros—. Nadie es indispensable.

Capítulo 9

POR FIN has llegado —dijo Luis sin aliento—.Por fin.

Sophie sintió la boca seca al mirarlo. Llevaba una camisa blanca suelta y unos pantalones negros ajustados que le daban la apariencia de uno de los corredores de las fiestas de la cercana Pamplona.

—Sí —replicó trémula—. Por fin estoy aquí.

Nuevamente la había ido a buscar al aeropuerto y acababan de hacer un viaje en coche lleno de tensión. Ella hubiese querido que él la besase, pero él no lo había hecho y ahora que Teo estaba acostado, él parecía no desearlo todavía. No sabía por qué y no se atrevía a preguntárselo. ¿Por qué se mantenía tan lejos de ella?

Luis saboreó el instante, la anticipación y la expectativa, un segundo más. Su deseo, ya insoportable, aumentaba más aún al pensar que algo que se le había negado tanto tiempo sería suyo por fin.

No se había atrevido a tocarla en el aeropuerto ni en el coche por temor a no poder contenerse si lo hacía. Y no sería un buen principio echar el coche a un lado de la carretera en un sitio desierto y hacerle el amor allí mismo, en el coche, con el niño en la parte de atrás.

No, no sería lo correcto.

Quería una cama, y una vez que la llevase allí no estaba seguro de poder volver a salir de ella. Le sirvió una copa de vino y se la alargó.

—¿Te resultó fácil marcharte?

Ella recibió la copa agradecida, aunque con un poco de resentimiento. Parecía que la estuviese entrevistando para un trabajo, lo cual no estaba demasiado lejos de la verdad, se dijo mortificada.

—No —dijo, tomando un sorbo de rioja De la Cámara.

—¿No? —preguntó él, arqueando las cejas.

No iba a decirle que casi todos habían intentado disuadirla. Sus padres le habían preguntado si sabía lo que hacía. Liam le había dicho con franqueza que estaba loca. Su abuela se había preocupado seriamente.

—Estás enamorada de él, ¿verdad?

Sophie no había querido mentirle, pero ¿qué le podía decir? Pensaba que sí, que estaba enamorada de él, aunque quizá el amor fuese una palabra que las mujeres utilizaban cuando querían referirse al hecho de que deseaban a un hombre con una ferocidad que les causaba mareos.

—No sé realmente lo que siento —había dicho mirando a su abuela a los ojos—. Sé que piensas que él le hizo daño a Miranda, que es malo…

—Yo nunca he dicho eso —la había interrumpido su abuela con firmeza—. Nadie es totalmente malo y nadie totalmente bueno. Pero puede que dos personas no sean las adecuadas la una para la otra, y creo que ese era el caso de Miranda y Luis —se frotó los nudillos—. Ten cuidado, cielo, eso es lo único que te digo. Veo que Luis es un hombre muy atractivo, pero puede que no sea el adecuado para ti tampoco.

Y ahora lo tenía delante, un atractivo extraño al otro lado del salón de la finca.

Pues ni muerta tomaría la iniciativa. Ya había renunciado a suficientes cosas para estar allí. ¿Qué quería, una capitulación por escrito?

Luis se dio cuenta de la tensión que le había puesto los hombros rígidos. ¿Estaría arrepentida de haberse mudado a La Rioja? Pero era lógico que tuviese sus dudas y, si la asaltaba como un adolescente, ¿no se sentiría utilizada, como muchas veces les sucedía a las mujeres?

—Siéntate —le dijo con una leve sonrisa.

El aire se hallaba impregnado de la tensión de saber precisamente por qué ella se encontraba allí. Ella lo sabía y él lo sabía.

Sophie dejó la copa sobre la mesa.

—No quiero sentarme. Me parece que subiré a arreglarme un poco. Estoy… estoy cansada.

Pensar que ella se iría era insoportable. ¡Madre de Dios! Había intentado actuar como el perfecto anfitrión y caballero, no el amante que tenía la entrepierna ardiendo de deseo… pero parecía que ella no deseaba nada de eso.

Dejó la copa y se acercó a ella con la gracia de una pantera.

—¿Quieres subir, cariño? —le preguntó con voz como la seda.

—Eso es lo que he dicho —dijo ella sin mirarlo.

—¿Y qué habitación pensabas usar?

—La que tenía antes —dijo ella. Había estado segura de ello. Las amantes mantenían cierta distancia ¿no? Y mantener la distancia puede que fuese la única forma de poner una barrera alrededor de su vulnerable corazón.

—No, tú te instalas en la mía —negó el implacable—. Tú dormirás conmigo. Conmigo solamente, Sophie.

Ella lo miró entonces, porque la dulzura de su tono la obligó a hacerlo.

—¿Luis? —susurró con la garganta seca.

—He esperado demasiado —dijo él, besándola, porque nada ni nadie se lo habría impedido.

Y ella también había esperado demasiado. ¿Era aquella su intención? ¿Mantenerla a distancia hasta que ella se hubiese convertido en una masa blanda y entregada en sus brazos? Porque aquello era exactamente lo que estaba sucediendo.

—Lu... —intentó decir su nombre, pero él le cubrió la boca con la suya y ella se aferró a él, que la abrazó, acariciándole el cabello y luego deslizándole las manos hasta los pechos y emitiendo un leve gemido al hacerlo.

—¡Oh, Dios! —ella se acercó a él, sintiendo cómo sus pezones se endurecían contra las palmas masculinas mostrando su deseo, sintiendo cómo él le pasaba una mano por la leve curva del vientre y se la apoyaba sobre donde se alojaba su anhelo.

Sophie se retorció contra él cuando él profundizó el beso hasta casi perder la razón. Tenía el cuerpo ardiendo y la sensación era gloriosa. De repente, él se detuvo abruptamente y ella se lo quedó mirando, acusadora.

—¿Quieres que te tome aquí, en el suelo, cariño? —le preguntó él con la voz ronca de deseo—. ¿Eso es lo que quieres?

Con la respiración entrecortada, ella lo miró. ¿Por qué luchar contra sus necesidades o sus deseos? Ella se encontraba allí según los términos de Luis, pero también los suyos. Y tenía derecho a decirte lo que quería, ¿no? I

—¿En el sofá, quizá? —propuso

—La. primera vez tendría que ser en la cama —dijo él y la tomó sencillamente en sus brazos para llevársela.

—Me parece que has estado mirando muchas películas viejas —bromeó Sophie sin aliento, trémula de placer.

—A mí no me lo parece —dijo él, y mientras subía las escaleras inclinó la cabeza y tomó entre sus labios un pezón, chupándoselo a través del vestido de lino que ella llevaba.

—¡Basta! —murmuró, pero él no se movió.

—¿Por qué, no te gusta? —le preguntó, volviendo a hacerlo deliberadamente.

—Sí... sí —dijo ella, echando la cabeza hacia atrás.

Con un gemido, él empujó la puerta de su dormitorio y la cerró suavemente con el pie antes de llevarla hasta la cama y depositarla en ella para quedarse mirándola con las manos en la cintura mientras recuperaba el aliento. ¡Dios Santo, qué hermosa estaba! Tenía las mejillas ruborizadas y el cabello color miel desparramado sobre la almohada. Luis se sentó en el borde de la cama y comenzó a desabrocharle el vestido mientras ella lo miraba, hipnotizada. El aire le refrescó la piel cuando él le quitó la prenda húmeda del pecho.

Luis contuvo el aliento al deslizarle el vestido por los hombros y vería en ropa interior. La había visto en traje de baño, por supuesto, pero aquello no era lo mismo que un sujetador y unas mínimas braguitas. Le rozó con un dedo un pecho cubierto de encaje color melocotón bordado delicadamente y entrecerró los ojos al ver que ella se ruborizaba. ¿Estaba nerviosa?

—¿No me tendrás miedo, verdad cariño? —le preguntó con dulzura.

No, no le tenía miedo, pero estaba petrificada. ¿Y si lo desilusionaba en la cama? Pero él le había comenzado a acariciar el vientre y Sophie comenzó a relajarse mientras sus dudas se disolvían y eran reemplazadas por placer. Cerró los ojos y suspiro,

—Desabróchame la camisa, cariño —le dijo él suavemente hundiéndole un dedo en el ombligo eróticamente.

Sophie abrió los ojos y lo vio, sentado a su lado, tan moreno y guapo como era. Deslizó la mirada donde él le acariciaba el vientre y luego levantó las manos para desabrocharle el primer botón de la camisa y después el siguiente, incapaz de contenerse al ver su torso desnudo.

La piel de él era color bronce y cubierta de vello oscuro, y su estómago era plano y duro. Le desabrochó el último botón y él se la

quitó de un movimiento, mirándola sin disimular su ansia. Su ansia era igual que la de ella y Sophie sintió que eso le daba valor, confianza para representar el papel que él esperaba de ella. Su amante, su igual.

Le deslizó los dedos por la hebilla del cinturón y luego los retiró, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—¿Te lo quito?

Pero él le había tomado la mano y la había llevado a donde sentía que explotaría de dureza; luego, deliberadamente, la retiró.

—No.

—¿No? —ella se lo quedó mirando confusa. ¿Acaso solo le gustaban las mujeres pasivas, que se r»onían de espaldas y no hacían nada?

Él negó con la cabeza y se puso de pie. Estaba tan increíblemente excitado que tenía miedo que ella le hiciese daño, por más que lo tocase con suavidad.

—¡Bastante trabajo me costará a mí quitarme la ropa!

Un poco de la tensión la abandonó al observarlo, disfrutando del show.

Haciendo una mueca, él abrió la cremallera de los pantalones negros y se los quitó, arrancándose los calcetines negros y los calzoncillos de seda hasta quedarse desnudo.

Sophie pensó que nunca había visto a un hombre más magnífico ni más cómodo con su desnudez. Él se acercó y se echó junto a ella, alisándole el cabello cuando la tomó en sus brazos. Le desabrochó el sostén y emitió una breve exclamación de placer cuando los pechos femeninos quedaron libres y se apoyaron contra él.

—Por fin —susurró, hundiendo su rostro en las generosas curvas y disfrutando de su henchido esplendor—. ¡Madre de Dios, por fin!

Tomó un rosado pezón entre sus dientes, tironeando de él y lamiéndolo. Sophie sintió una sensación tan exquisita de placer que lanzó un alarido y se aferró a sus hombros, entregada.

—Luis —musitó—. Oh, Luis.

—Ya lo sé, cariño —dijo él, con la voz trémula, algo inusual en él. Levantó la cabeza de sus pechos hasta sus labios y deslizó la mano hacia abajo, enganchando el delicado tejido de sus caderas—. No quiero ni ver ni sentir esto más —añadió roncamente, sellando sus labios y deslizando las braguitas de encaje.

Sophie se estremeció incontrolablemente, incapaz de mantener su cuerpo quieto mientras él le rozaba el muslo.

—No te muevas, cariño —le dijo él, con acento desesperado—. Me estás volviendo loco.

Ella lo intentó, pero era difícil no retorcerse de excitación mientras él le quitaba el delicado trocito de tela. Acarició la espalda masculina y luego deslizó las manos por delante, siguiendo el camino del vello hasta tocarle con delicadeza el pecho.

—Pones a prueba mi paciencia, Sophie —dijo él, trémulo.

—No lo hago por poner a prueba nada —susurró ella.

Como respuesta, él le deslizó la mano entre los muslos y sonrió al ver que ella abría la boca con sorprendido placer.

Los ojos de Sophie se abrieron cuando él comenzó a tocarla.

—Luis… —tragó ella—. Luis, por favor…

El se sintió a punto de explotar cuando encontró su húmedo y ardiente calor y la sintió mover las caderas como respuesta instintiva. Su erección empujaba insistente contra su estómago. ¿Había estado tan excitado alguna vez?

—¿Qué, cariño? —le rogó—. ¿Qué es lo que quieres?

—A ti —le dijo ella, incapaz de esconder lo que quería—. Ahora, por favor.

Sus ojos se unieron en un momento de total comprensión.

Los temores de ella habían desaparecido, pero esos temores podían volver a aparecer si jugaba con ella. Ya estaba bien de hacerla esperar. Alargó la mano y se puso un preservativo. Enseguida volvió a besarla hasta que ella creyó que perdería el sentido. Le murmuró en español palabras dulces que hicieron que ella se enloqueciese aún más. Y luego se puso encima de ella.

Su erección se apretó contra el vientre femenino y aunque parte de ella deseaba prolongar el juego amoroso, no podía. «Por favor», rogó silenciosamente, «por favor». De repente, él la penetró, llenándola de calor y sus ojos se abrieron para encontrarse con los de él y con su tenso rostro, como si estuviese conteniéndose para un esfuerzo monumental.

Luis inclinó la cabeza y la besó, haciéndola olvidarse de todo menos de las sensaciones que la embargaban mientras comenzaba a moverse dentro de ella. Sophie nunca se sintió tan viva, tan unida a alguien. Sus cuerpos se movieron en perfecta sincronía, como si

hubiesen sido diseñados el uno para el otro.

Así que cuando sintió que se acercaba el placer lanzó un pequeño alarido de incredulidad y desilusión, porque era demasiado pronto y no quería que se acabase. Luis dejó de besarla y la miró a los ojos.

—¿Qué sucede, cariño? —le preguntó sin dejar de moverse.

Por ese motivo, fue demasiado tarde y ella...ella...

—¡Luis! —gritó cuado los deliciosos espasmos la envolvieron en su danza indefinible.

Sin detenerse, él le miró el rostro, deseando disfrutar del placer que le causaba, pero no pudo hacerlo. Porque justo cuando ella arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás, justo cuando sus piernas se pusieron rígidas y el lento calor del orgasmo floreció como una flor en su blanca piel, sintió que le llegaba su tumo.

Ella entreabrió los ojos y vio que la tensión abandonaba el rostro moreno y lo oyó gemir mientras la penetraba una y otra y otra vez.

Solo cuando, agotado, él le dio un beso en la punta de la nariz, bostezó y se echó a su lado, Sophie se preguntó que harían ahora.

Imperceptiblemente se apartó del cuerpo cetrino.

—¿Quieres... quieres que duerma aquí esta noche? —le preguntó.

Luis frunció el ceño. ¿Lo diría en broma? ¿Un viaje al Cielo le bastaba? ¿Le concedía la intimidad mayor y luego le negaba el placer de tenería en sus brazos durante la noche?

Se echó de espaldas y miró el ventilador que giraba lentamente sobre su cabeza.

—Si quieres...

A Sophie le dio la sensación de que a él le daba igual. Quizá, considerando las circunstancias, un poco de espacio podría ser lo que ambos necesitaban. O lo que ella necesitaba.

—Puedo irme al otro cuarto —le dijo—. Dormirías mejor así.

Apartó la sábana, mostrando las largas y pálidas piernas mientras se disponía a salir de la cama. Y en aquel instante Luis se dio cuenta de que no permitiría que ella se fuese a ningún lado Y le causaría tanto placer que a ella no se le ocurriría sugerirle algo así en la vida.

—Pero no tengo deseos de dormir, Sophie —le dijo, acercándosela y comenzando a acariciarle un pecho.

La sensación era embrujadora, pero ella se preguntó qué le había causado decirlo de aquella manera tan extraña. Si le preguntaba qué era lo que sentía en aquel preciso momento, ¿se lo diría?

Pero cuando él le comenzó a mordisquear un pezón nuevamente, se olvidó de la pregunta y se volvió a entregar a lo que su cuerpo le exigía.

Capítulo 10

SOPHIE atravesó el jardín hacia la piscina, de donde provenían risas y, al ver a Luis dándole crema a Teo en la espalda, se le agarrotó la garganta, como siempre le sucedía. Suspiró. Le había parecido que sería imposible que sus sentimientos por él creciesen más, pero se había equivocado totalmente.

Tres meses de convivencia no habían hecho que disminuyese el efecto que él tenía sobre ella. Aunque no era extraño. ¿Acaso hacer el amor noche tras noche con un hombre no reforzaba el sentimiento cuando uno lo amaba?

Ojalá... ojalá él la quisiese también. Pero él no lo hacía y Sophie tendría que aprender a vivir con ello.

No tenía de qué quejarse, porque él la trataba con toda la cortesía que podía esperarse de su aristocrática educación. Se reía de sus bromas y ella se reía de las de él. Leían los periódicos durante el desayuno y discutían política internacional como si fuesen un matrimonio. A veces él le enseñaba palabras y frases en español, para que ella aprendiese su lengua poco a poco.

Entonces, ¿qué le faltaba? ¿Que le dijese que la quería? Desde el principio sabía los términos de la relación y, si pretendía que él se lo dijese estaba destinada a sufrir. Él no estaba rompiendo ninguna promesa porque no había hecho ninguna.

Cuando Luis levantó la cabeza y la vio, sus ojos negros se entrecerraron y sonrió. Estaba preciosa y su cuerpo reaccionó la vería.

—Buenos días, Sophie —murmuró en el aire quieto.

A Sophie le pareció que estaba guapísimo con el cuerpo mojado. Tenía la piel bronceada, lisa y brillante, excepto donde el vello lo cubría. Llevaba un traje de baño que le ajustaba los glúteos y le llegaba hasta medio muslo, más provocativo todavía que los escuetos slips que usaban algunos hombres. Controló sus facciones para que no delatasen el deseo que la embargaba y sonrió.

—¡Zo—zi! —gritó Teo alegre al verla.

Sophie aceleró el paso y corrió los pocos metros que los separaban con los brazos extendidos, tan feliz como la primera vez que el niño había logrado decir su nombre.

—Buenos días, Teodoro —le dijo en español sonriente— ¿Cómo está mi cielo?

Luis contuvo la respiración cuando ella se arrodilló a su lado. El traje de baño era entero y le resaltaba las largas piernas. Aunque le cubría bien los pechos, no hacía nada por disimular sus generosas curvas. Unos pechos donde él apoyaba la cabeza a la noche mientras dormía...

—¿Vamos a nadar? —preguntó Sophie.

—¡Sí, sí! —rio Teodoro, tendiendo los brazos.

Sophie lo alzó, inspirando el delicioso aroma a bebé mientras él le abrazaba el cuello con los regordetes bracitos. Y, todo el tiempo, sentía los ojos negros clavados en ella, siguiendo cada uno de sus movimientos.

—¿Te vienes? —le preguntó a Luis.

El negó con la cabeza. No se quiso mover para que no se viese la erección que tenía.

—Id vosotros, que yo os miro desde aquí.

Pero mirarlos jugar en el agua no contribuyó en absoluto a que se calmase. Con un gemido, se echó boca abajo.

Siempre había deseado tener una mujer que no le exigiese imposibles compromisos emocionales, pero ahora que había encontrado una, había descubierto que cada vez se encontraba más frustrado.

¿Qué tenía Sophie? Nunca exigía que él le hiciese cumplidos ni trataba de ponerlo celoso flirteando con sus amigos las veces que habían salido a cenar con otras parejas. Tampoco le pedía que le dijese lo que sentía por ella.

Ella adoraba a Teo y nunca parecía sentirse irritada por la forma en que el niño le reclamaba su atención cada vez más. Era apasionada y fría a la vez, analítica e inteligente... todo lo que un hombre pudiese desear,

Entonces, ¿qué le pasaba a él?

—Parecía que estabas en la luna.

La suave voz lo sacó de sus ensoñaciones, causándole que levantase la mirada. Sophie se inclinaba a agarrar una toalla para secar al pequeño que tenía en los brazos.

Al verla el nacimiento de los senos, deseó tener una niñera en aquel momento para poder llevársela a la cama y...

—Luis, ¿qué te pasa? ¿Por qué frunces el ceño?

—Nada, estoy cansado —dijo él, cerrando los ojos.

Tenía motivos para estarlo, pensó ella cariñosamente, mirándole la espalda. Ella también tendría que sentirse cansada. Apenas si habían dormido la noche anterior. Una sonrisa le iluminó el rostro mientras le secaba los rizos a Teo. Lo increíble era que no se sentía cansada en absoluto... ¡Se sentía como para correr una maratón!

Más tarde, durante la cena, él la miró a la luz de las velas.

—¿Quieres ir a una fiesta?

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche.

—Un poco precipitado, ¿no?

—No era seguro... —dijo él lentamente—. Pero creo que lo pasarás bien.

Parecía raro aquella noche, pensó ella. Distraído, tenso, con los negros ojos más enigmáticos que nunca. Pero ir una fiesta podría ser divertido.

—De acuerdo, me apetece —sonrió—. ¿Llamo para pedir el postre?

Él se sintió irritado ante la falta de preguntas. ¿Por qué no le preguntaba dónde era la fiesta quién la daba y quienes eran los invitados? Como si le diese totalmente igual.

Lo cierto era que Sophie se sentía nerviosa, pero ni muerta dejaría que Luis se enterase de ello Encontraba a las mujeres y acompañantes de sus amigos increíblemente hermosas e impecablemente arregladas. La mayoría de ellas parecía que se habían pasado el día en el gimnasio, la manicura, el pedicuro, el peluquero... y luego, al volver a casa habían estado horas arreglándose para salir

No era que ella fuese un desastre, pero no se sentía sofisticada al compararse con ellas. Por empezar, tenía las uñas cortas y sin pintar, porque se pasaba parte del día jugando en la arena con Teo y la arena destrozaba las uñas largas.

Al día siguiente por la noche, abrió la puerta de su armario y miró su contenido. No le faltaba ropa elegante para su elegante nueva vida. La venta de su participación en la agencia de publicidad la había convertido en una mujer rica. No tanto como Luis, pero tenía su independencia.

Luis la había llevado de compras a Pamplona para buscar ropa adecuada al cálido verano de La Rioja y nuevamente ella se había negado a que él pagase sus compras.

—Puedo pagarlo yo —había dicho, obcecada—. He vendido mi empresa, ¿recuerdas?

—¡Madre de Dios! —había exclamado él— Eres una mujer muy terca. Ya sabes que ahora es totalmente distinto.

—¿Por qué?

—Cuidas a mi hijo —había dicho él—. ¡Tendría que pagarle a alguien más para que lo hiciese!

—Quizá algún día te pida que lo hagas —le había dicho ella con serenidad—. Por ahora, no lo necesito. Y, además, lo hago por amor, no dinero.

El había abierto la boca y vuelto a cerrarla, incapaz de decir nada ante su razonamiento, y ella había visto una mezcla de frustración y admiración reflejada en sus ojos. ¡Bien! Hacía rato que se había dado cuenta de que Luis de la Cámara llevaba demasiado tiempo creyendo en un estereotipo de mujer. ¡Que se diese cuenta de que había muchos tipos de mujeres y que no todas iban tras el dinero a los hombres!

Sacó del armario un favorecedor vestido que todavía no se había puesto; de etérea gasa color rosa y finos tirantes, le permitía lucir su ligero bronceado y la falda, por encima de la rodilla, mostraba sus largas piernas.

Al igual que para la boda, se maquilló más de lo habitual, más para esconderse tras la pintura como si fuese una máscara que por otro motivo. Sabía perfectamente que muchos ojos la observarían deseando preguntarle qué era lo que realmente había entre ella y don Luis de la Cámara, pero no se atreverían.

Luis la esperaba abajo y, cuando ella entró en la estancia, se preguntó por qué habría accedido a ir a la maldita fiesta. Podrían haberse quedado en casa, comido mejor y bebido vino infinitamente mejor. Podría haberla desvestido lentamente y hecho el amor allí y luego haberla llevado arriba para seguir...

—Estás muy hermosa, cariño —le dijo, con el pulso latiéndole insistentemente en la mejilla— Ven.

Los ojos masculinos la obligaban a acercarse, pero su brillo le advirtió del peligro que encerraba el hacerlo, particularmente

cuando los esperaban para una fiesta.

—Luis… —protestó, pero no pudo evitar aproximársele.

—Ven y siéntate —susurró él, bajando la cabeza para besarle un hombro desnudo, haciendo que un escalofrío la recorriese.

—Pero pensaba que íbamos a la fiesta…

—Vamos a ir —dijo él, besándole el cuello, y la sintió temblar cuando le puso la mano sobre un pecho—. Dentro de un segundo —sus dedos comenzaron a acariciarle ligeramente los pezones—. ¿Recuerdas la noche en que llegaste, que propusiste hacer el amor en el sofá?

—Basta…

—¿No quieres?

El corazón comenzó a golpetearla en el pecho y su cuerpo a prepararse para lo que estaba por llegar.

—Basta —susurró ella nuevamente, pero su voz estaba ronca de deseo.

Luis le tomó la mano y la llevó hasta donde estaba tan duro que sabía que le resultaría imposible salir de la casa si no satisfacía su increíble ansia.

Con las piernas temblorosas y las manos que no le respondían, Sophie logró bajarle la cremallera. El enorme poder de él quedó libre y ella vio, por la tensión de su rostro, que él estaba a punto de perder el control.

Con una lenta y sensual sonrisa, Sophie tomó el control de la situación y lo empujó al sofá, bajándole los pantalones hasta las rodillas antes de quitarse rápidamente las bragas y dejarlas caer al suelo.

—¡Cariño! —exclamó él sin aliento y luego lanzó otra exclamación cuando ella se montó a horcajadas sobre él, tomándolo dentro de sí y abrazándolo con fuerza para empezar a moverse.

Todo acabó muy pronto, demasiado pronto, pensó él con pena mientras esperaba que los deliciosos espasmos de ella se calmasen. Finalmente, la levantó con una sonrisa, besándola ligeramente en los labios.

—Ven, cariño, o llegaremos tarde a la fiesta.

—¿Sigues queriendo ir? —le preguntó, pensando en qué aspecto tendría, ruborizada y acalorada, pegajosa y repleta.

La boca masculina se endureció cuando él se forzó a recordar que

lo que acababa de suceder no era más que dulce diversión.

—Sí.

—Dame cinco minutos —dijo ella, desconcertada.

Le llevó diez minutos, pero cuando reapareció con el cabello cepillado y oliendo a jabón y perfume, sexy y discreta a la vez, era difícil creer que acababa de comportarse como una gata.

—Vamos —dijo él, alcanzándole el chal

Sophie se sentó en el coche, confusa. Se suponía que el sexo acercaba a las personas, ¿no? Entonces, ¿por qué parecía que Luis se encontraba a kilómetros de distancia de ella?

Intentó disipar la inexplicable tensión que los envolvía.

—Entonces, ¿quién da la fiesta?

—Ah, entonces te interesa.

—¡Por supuesto que me interesa!

—Un viejo amigo mío; crecimos juntos. Su familia también posee uno de los viñedos mejores de La Rioja.

—¿Y sus vinos le hacen la competencia a los vinos De la Cámara? —bromeó.

—¿A ti qué te parece? —le dijo él.

Pues bien, ¡que siguiese con su malhumor!, pensó ella, irritada. Tendría que estar ronroneando de placer, no amargado como lo estaba. Recordaba con pelos y señales lo que acababa de suceder en el sofá, pero su actitud destruía el placer que seguía a su erótica unión.

—¡Ya es hora de que te quites esa expresión de malhumor del rostro!—le dijo

Y él hubiese deseado borrarle el enfado con sus labios, pero ya estaban llegando y otro coche los seguía.

Cuando se bajaron del coche al cálido aire nocturno, oyeron música y risas que procedían de la zona de la piscina.

—¿Lista? —le preguntó, alargando el brazo para que ella se colgase de él.

Pero Sophie hizo caso omiso. ¡Ni pensaba aparecer del brazo de él, como si fuese su trofeo!

—Vamos —le dijo.

La presentó a Laurent Gómez, el anfitrión, y su hermosa mujer, María, que estaba embarazada.

—¿Quieres probar un poco de cava, el champán español? —le

dijo ella con una cálida sonrisa— Es delicioso.

—Buena idea —dijo Sophie, lanzándole una mirada a Luis, pero el rostro masculino se encontraba serio cuando él la miró a los ojos. ¿Qué le sucedía?—. ¿Para cuándo es el bebé? —le preguntó a María.

—Para Navidades —sonrió María.

—¿Es el primero?

—¡ El quinto!

—¡Dios Santo! —dijo Sophie débilmente—. ¡Si pareces de mi misma edad!

—Tiene tu misma edad —dijo Luis—. Lo que sucede es que algunas mujeres comienzan jóvenes y parece que no acaban nunca, ¿verdad, María?

—¡Este es el último! —exclamó María con fervor.

—¿El último qué? —preguntó Laurent, que volvía con una bandeja de copas con cava.

—Nada, querido —murmuró su esposa, guiñándole un ojo a Sophie.

Sophie comenzó a sentirse más cómoda. Los amigos de Luis eran encantadores y parecían aceptarla. Como era habitual, se dio cuenta de las miradas interesadas de las mujeres solteras, pero le dio igual. Que lo mirasen todo lo que quisiesen. ¡Ella era quien estaba con él!

Después de dos copas de delicioso cava, lo único que le importaba era por qué Luis se hallaba tan serio y solemne, pero no se le presentó la oportunidad de preguntárselo porque no estaba nunca solos.

Le acababan de dar un plato de paella y se dispuso a ir a buscarlo para comer juntos cuando se hizo un silencio seguido de un murmullo de excitación. Levantó la vista para ver quién lo había causado.

Era una mujer de una belleza tan espectacular, que por un momento Sophie estuvo segura de haberla visto en la portada de una revista de modas. Y quizá lo había hecho. Era alta, casi tan alta como el hombre más alto de la fiesta que, naturalmente, resultaba ser Luis. El vestido plateado le ajustaba como una cola de sirena cada curva del maravilloso cuerpo. Llevaba el espeso cabello negro en un elaborado peinado de rizos adornados con joyas que brillaban tanto que parecían diamantes verdaderos. Pero su rostro era lo más extraordinario en ella: un óvalo perfecto con enormes ojos negros y

una suave y sensual boca maquillada de rojo. Un rostro que contenía pasión además de belleza.

—¿Quién es? —susurró Sophie.

Hubo una breve y extraña pausa.

—Es Alejandra —dijo María suavemente—. /No os conocéis todavía?

—No —dijo lentamente, dejando el plato sin tocar sobre la mesa —. No nos han presentado. Perdóname, María. Tengo que ir a buscar a Luis.

Pero Luis no estaba por ninguna parte y finalmente Sophie agarró una copa de zumo y se dirigió a un sitio en sombras junto a la piscina, incapaz de enfrentarse a nadie y, mucho menos, entablar conversación.

Se sentó en una tumbona con un profundo suspiro. O se hacía fuerte, o se marchaba mientras tuviese las fuerzas para hacerlo. Había decidido esperar un año, pero se sentía ahogada por la inseguridad. Habían sido felices aquellos tres meses, sí. Pero él había sido feliz con Miranda una vez. Y con Alejandra también. ¿Volvería a suceder lo mismo? ¿Se cansaría Luis de ella una vez que se extinguiera el deseo que sentía?

El sonido de unas pisadas interrumpió sus atribulados pensamientos y al levantar la vista vio a Alejandra de pie frente a ella, como un brillante y etéreo rayo de luna con su ajustado vestido plateado.

—Tú debes de ser Sophie —dijo Alejandra en perfecto inglés con un ligero acento americano— ¿Sabes quién soy?

—Por supuesto —dijo Sophie con firmeza, pero la mano que depositó la copa sobre la mesa a su lado temblaba—. Eres Alejandra.

Alejandra no dijo nada durante un momento y la miró sin rubor.

—Eres muy hermosa —le dijo luego, con cierta tristeza.

—Y tú también.

—A él le gustan las rubias —dijo Alejandra reflexivamente—. Siempre le han gustado.

Sophie pensó con indignación que la hacía sentirse como la última de una larga hilera de rubias. Aunque quizá lo fuera. Abrió la boca para decirle alguna trivialidad a la mujer que había compartido el lecho con Luis quién sabía por cuánto tiempo cuando una oscura

figura apareció de entre las sombras y el alto español se acercó a ellas y se quedó quieto como si lo hubiesen tallado en piedra. Sus oscuros ojos estaban alerta, pero Sophie no pudo ver su expresión en la tenue luz de atardecer.

—Ah, ya veo que os conocéis.

Sophie le dirigió una fría mirada.

Alejandra dio un paso adelante y puso la mejilla para que él se la besase, pero él se limitó a inclinar la cabeza con un saludo más formal.

—Alejandra —le dijo con calma—. Tienes buen aspecto.

—Y tú también, cariño —murmuró ella, pero su boca se curvó en una rápida sonrisa de mortificación, como aceptando la amarga realidad de que algo fundamental en su relación había cambiado —.La vida doméstica te sienta bien.

¿Lo diría para irritarlo? ¿Para que pareciese que la última rubia lo tenía entre sus garras?, se preguntó Sophie.

—Desde luego que sí —dijo él, y miró a Sophie— ¿Has comido, cariño?

—No tengo demasiada hambre —dijo ella, y era la verdad. ¡Se hubiese ahogado con comida en aquel momento!

—¿Quieres bailar, entonces?

—La verdad, Luis, es que lo que querría es irme a casa. No quiero ser aguafiestas, ¡pero me siento muy cansada!

—Pídele al chofer de Laurent que te lleve a casa —sugirió Alejandra, echando imperceptiblemente sus espléndidos hombros hacia atrás para que se le notasen más los senos a través de la estirada tela plateada.

—Yo también estoy cansado —dijo Luis como si tal cosa, aunque sus ojos le lanzaron un mensaje secreto y brillante a Sophie—. Vamos, Sophie Busquemos tu chal y vamos a casa. Buenas noches. Alejandra —inclinó nuevamente la cabeza con impecable cortesía—. Me alegro de haberte visto.

—Buenas noches —le dijo ella con voz inexpresiva.

Sophie no dijo nada hasta que estuvieron de camino a la finca.

—¡Sabías que ella iba a ir! ¿Verdad? —lo acusó furiosa.

—Por supuesto que lo sabía, pero tú no me lo preguntaste.

—¡Pero tú tendrías que haberte dado cuenta de que yo hubiera querido saberlo!

—No creí que te importase —le dijo él secamente.

Pero Sophie estaba tan furiosa que no se detuvo a analizar el significado de sus palabras.

—¡No habría ido nunca si hubiese sabido que ella estaría allí!

—¿Por qué no?

—¡No seas ingenuo, Luis! —le dijo, rabiosa— ¿No crees que todos habrán estado riéndose detrás de los dientes al ver a tu amante anterior y a la actual en la misma fiesta? ¿Esa era tu intención, humillarme?

El lanzó un improperio en español mientras el coche bajaba al sendero que llevaba a la finca.

—¿De veras crees eso? —le preguntó—. ¿Sinceramente lo crees?

—¿Y qué otra cosa se supone que debo pensar?

—Te ofrecí la mano al llegar —la acusó—, para mostrarle a todo el mundo que tú eres la mujer de mi vida, pero tú la rechazaste, ¿no? ¡La fría y distante Sophie, que helaría el agua en un día de verano!

—¡No pienso quedarme aquí para que me insultes!

Se bajó del coche y cerró de un portazo. Se dirigió a la casa y entró al salón con Luis tras ella. Cuando la puerta se cerró y estuvieron solos, se dio la vuelta hacia él, furiosa.

—Intentabas ponerme celosa, ¿verdad, Luis?

Se hizo una larga pausa y luego él asintió con la cabeza.

—Sí, quizá sí.

—¿Y Por qué ibas a querer que me pusiese celosa? —le preguntó, mirándolo fijamente.

—¡Mira quién es la ingenua ahora! —dijo él con una carcajada.

—No... no comprendo.

De repente, todo lo que había estado borboteando dentro de él durante semanas se desbordó violentamente.

—¿No? —le exigió—. ¿De veras que no? ¡Supongo que debería agradecer que parece que estás celosa! ¡Al menos eso demuestra que sientes algo por mí!

—Luis...

—¿Tienes idea de lo que significa que te hagan sentir como un semental? —explotó—. ¿Un hombre que te hace disfrutar en la cama pero no sirve para nada más?

—Luis, no seas ridículo —protestó ella—. Hacemos cantidad de

cosas juntos, sabes bien que sí.

—¡Sé que las haces mientras me mantienes a distancia, con esos embrujadores ojos azules y esa fría y burlona sonrisa! Pero la única vez que me siento cerca de ti es cuando te hago el amor —lanzo un bufido de impaciencia—. ¡Y luego te sorprende que me sienta como un semental!

Ella lo miró confusa, con una necesidad imperiosa de saber lo que tendría que haberle preguntado hacía mucho tiempo.

—¿Qué quieres de mí, Luis?

—¡Nada que no estés dispuesta a darme! —dijo él, orgulloso, con un relámpago en los ojos negros.

—Pensaba... pensaba que era una buena amante —dijo titubeante al darse cuenta, horrorizada, de que podía perderlo.

—¡Lo eres! —dijo él, lanzando un juramento en español—. ¡La mejor amante del mundo! —añadió con furia, y sus ojos la penetraron como si hubiesen tenido rayos láser—. ¡Pero no quiero una amante, ya no!

Ella se quedó boquiabierta y el corazón le comenzó a latir con angustia.

—¿Quieres decir... quieres decir que deseas que me vaya?

—¡Dios Santo! ¿Cómo tengo que explicártelo? ¡Lo que quiero saber es lo que tienes en ese loco y frío corazón inglés tuyo! ¡No, no quiero que te vayas! ¡Quiero saber lo que sientes!

—No —dijo ella.

—¿Sophie? —le dijo él, en un tono que era lo más parecido a un ruego que Luis llegaría a realizar nunca.

—No —repitió ella tercamente—. ¡Los sentimientos no eran parte del trato! Vine aquí a cuidar de tu hijo y compartir tu cama. Ese era el acuerdo Fueron tus palabras, Luis, no las mías.

—¿Y si te dijera que no estoy más contento con ese acuerdo? ¿Que los sentimientos cambian o que quizá estaba demasiado ciego como para ver que estaban allí todo el tiempo. Es que... —se mordió el labio, como intentando ver cómo decir palabras que le resultaban totalmente ajenas—. Te quiero, Sophie. Te quiero con todo mi corazón.

—Pero tú no sabes lo que es el amor, ¿recuerdas? —protestó ella débilmente, aunque el corazón parecía que le iba a explotar.

—¿Y si te dijera que creo que me enamoré de ti la primera vez

que te vi? Sophie, fue un sentimiento tan fuerte que me sacudió por completo, hasta los cimientos de mi mundo...

— No sigas, por favor! —lo interrumpió ella—.¡Eso estaba mal, sabes que lo estaba! ¡Ibas a casarte con mi prima! Yo sentí lo mismo y me asaltó una terrible culpabilidad. Por eso aprendí a odiarte, para convencerme de que tú mirabas a todas las mujeres de la forma en que me miraste aquel día.

—Nunca —dijo él, negando con la cabeza—.Nunca he mirado a otra mujer de aquel modo, pero lo que sucede es que ninguna otra mujer me hace sentir lo que tú. Mi amor por ti ha ido creciendo, pero todavía no sé lo que sientes por mí.

Sophie se encontró de repente como si se hubiese tomado una copa de cava demasiado rápido.

—Luis —le dijo—. ¿Me quieres abrazar, por favor?

No fue necesario pedírselo dos veces. Alargó los brazos y la apretó contra su pecho, sosteniéndola y protegiéndola con sus fuertes brazos. Cerró los ojos y apoyó la mejilla contra la seda del cabello dorado.

—Además, ya lo sabes —dijo ella contra su pecho— Estás acostumbrado a que las mujeres se enamoren de tí todo el rato.

Diplomáticamente, él hizo como que no la oía

—No actuabas como si me amases —dijo— Emocionalmente, me mantuviste a distancia, Sophie no lo niegues.

—Porque el amor te hace vulnerable, por eso

—¡Si lo sabré yo! —exclamó él secamente.

—¿ Fu? ¿Vulnerable? ¡Nunca!

—Sí, a veces. Contigo —sonrió—. ¿Sabes?, contigo es distinto, diferente de cualquier cosa que haya experimentado antes, o que esperase experimentar. Sabes perfectamente que tienes mi corazón en un puño, Sophie.

Fue lo más maravilloso que le habían dicho en la vida. Una lagrima se le deslizó por la mejilla

—¿Cuando sucedió? —le preguntó — ¿Cuándo te diste cuenta?

—¿Quién sabe? —se encogió él de hombros —Cuando volviste a Inglaterra te eché terriblemente de menos.

—Pero te tomaste tu tiempo antes de ir a buscarme —se quejó ella.

—Por supuesto —asintió él—. Porque necesitaba estar seguro.

Porque lo que te pedía era algo muy serio, cariño. No podía arriesgarme a hacer sufrir a Teo con una segunda despedida si las cosas salían mal. Además, no estaba seguro de que dirías que sí ¿Como iba a imaginarme que accederías a dejar tu vida profesional en Londres para venir a vivir conmigo

——¿Y si no hubiese estado de acuerdo? —preguntó ella, coqueta.

—Te habría ido a buscar —dijo él—. Algún día, de alguna forma, sabía que te tendría por fin. Ahora vayamos a la cama, cariño, a hacer el amor juntos...

—¿No hay cambios en ese aspecto, entonces?

—Y luego dime exactamente cuándo te casarás conmigo.

Epílogo

LE HIZO esperar casi un año, hasta que Luis casi trepaba por las paredes.

¿Pretendía que se lo rogase? Porque si así era, podía esperar sentada... Aunque le había conquistado el corazón para toda la vida, ¡un De la Cámara nunca rogaría!

Pero le pedía que fuese su esposa de vez en cuando, cuando ella estaba especialmente irresistible, y su respuesta siempre era la misma.

—Todavía no, Luis. Todavía no.

Sophie estaba aprendiendo español y Luis contrato a un profesor para que fuese a darle clase todas las tardes mientras Teo dormía la siesta ¡Ella se lo tomó tan en serio que Luis se preguntaba si no acabaría con un vocabulario más amplio que el suyo!

Teo, sin la gordura ya de bebé, caminaba y llamaba a Sophie «mamá».

—Sería bonito darle a Teo una hermana o un hermano —comentó Luis en la cama una noche

—¿Te gustaría? —dijo Sophie, disfrutando todavía de los efectos de un orgasmo que había parecido un terremoto.

—Aja —dijo él, y deslizó su dedo hasta donde ella seguía húmeda y latiendo por él. Sophie se estremeció—. Podríamos pasárnoslo genial fabricando bebés, Sophie.

—Nos lo pasamos muy bien ahora —protestó ella débilmente, pero luego él comenzó a besarla y ella estuvo perdida.

Luego, un día, en su despacho, ella colgó el teléfono y lo miró, expectante.

—Mis padres quieren venir a pasar unos días —anunció.

Él levantó la mirada de los documentos en los que trabajaba.

—Así me lo pareció —dijo—. Estupendo. ¿Cuándo?

—A finales de la semana próxima.

—De acuerdo —dijo él, asintiendo con la cabeza.

Los padres de Sophie habían estado con Luis dos veces cuando él la llevó a Inglaterra con Teo, Al ver el amor que él sentía por su hija, sus dudas iniciales se disiparon y comenzó a parecerles fantástico.

También habían visitado a la abuela de Sophie y salido con sus amigos de Londres. Hasta Liam había comenzado a aceptar que el aristocrático español la hacía feliz.

—Luis... ya que vienen mis padres... ¿por qué no aprovechamos y hacemos una fiesta?

—¿Quieres que les dé una fiesta?

—Quiero que demos una fiesta —lo corrigió ella—. Podíamos hacer que fuese una fiesta de boda.

Ven aquí —le dijo él, esbozando una sonrisa

Ella lo obedeció y se sentó en sus rodillas para rodearle fuertemente el cuello con los brazos

—Por fin te casarás conmigo, ¿verdad Sophie'?

—Si, por favor.

—¿Y estás segura?

Ella miró los ojos negros que brillaban con tanto amor y anhelo que se le hizo un nudo en la garganta. Tuvo que esperar un momento para poder hablar.

—Oh sí, mi adorado don Luis —susurró ella— Jamás he estado más segura de algo en mi vida.